H-IV-3

LA EFIGIE DE CERA

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

UNIVERSIDAD DE LA LAGUNA
BIBLIOTECA
B
V -42

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

2171
8

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

UNIVERSIDAD DE LA LAGUNA
FACULTAD DE DERECHO
BIBLIOTECA

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

86-3 (46 83) 2171
8

JOSÉ BÉTHENCOURT PADILLA

La efigie de cera

Novela de amor y de misterio

UNIVERSIDAD DE LA LAGUNA
FACULTAD DE DERECHO
BIBLIOTECA

SANTA CRUZ DE TENERIFE
AÑO DE 1926

560461536

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Reservados los derechos de propiedad

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

PALABRAS DEL AUTOR

Soy el autor de esta obra. Ella es mi cuerpo, mi alma y mi vida, porque durante el tiempo en que la escribí, pasé por todas las transiciones que en la misma se encuentran. Viví, pues, una existencia que no es la anterior a esta novela ni la de ahora.

Es la primera obra que doy a la estampa: sin presunción alguna, sin ningún alarde literario. En sus páginas, amable lector, puede que encuentres algo que te agrade o te haga sentir y eleve tu espíritu, si es que el sentimiento vertido posée la mágica fuerza que hace vibrar las almas en armonía con la del autor.

Como en toda obra, hallarás imperfecciones hijas de la impericia de mi modesta pluma; pero sé tolerante, ya que no soy más que un peregrino en el infinito y complejo sendero de la vida, que ansía descorrer el velo más o menos espeso que limita la mirada del espíritu y poner ante tí mi fruto cuya semilla pudiera no ser estéril.

Perdona, pues, y hazme el honor de leer y sentir, de comprender y juzgar...

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Cómo encuentra el autor a la protagonista de esta novela

—He llegado hasta aquí para recrearme un momento ante la apacible serenidad de lo existente...

—Y a mí me alegra encontrarte. Pienso perderme en esos arrabales para contemplar toda esa baraunda y laberinto humano... Acompáñame.

—¿Y cambias este lugar sublime por ese ambiente de libertinaje? No lo creo...

—No sueñes... Pasemos el puente y deja de admirar el insondable océano y ese cielo azul donde reverberan, resplandecientes, las estrellas...

—Espera... La noche me encanta; parece sublimizar mi espíritu... Aquí se goza del místico vértigo silencioso que provoca la fantástica comunión indecible de las cosas en el seno de la Naturaleza. ¡Mientras que por ahí!..

—No lo creas... Estamos en invierno. Mira... el claro cielo, la serenidad del mar,

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

toda esa quietud que parece hace revivir y soñar, es mentira, una farsa, una traición.

—No blasfemes.

—¡Jamás!... Ojea en torno al puente, contempla toda esa vida en reposo, serena al parecer; pero guárdate de los ensueños mil, de la fantasía ardiente, de tu corazón de artista... Mantente firme ante ese manto de la noche, porque todo es una ilusión, un hosco desierto que aplasta, algo que presagia una tempestad terrible... Anda, pasemos el puente y veamos, palpemos a la luz de otro sentimiento la triste realidad que acongoja...

—¿Cómo?... ¿Qué hablas?

—Mira...

—Sí, el hospital, un gran símbolo de dolor...

—Mira más...; que traspase tu vista, cual un clarividente, esas paredes, el edificio... ¡Es verdad!; tú no puedes ver; sigamos... Más aún, a la izquierda...

—No te comprendo, pero veamos qué te propones...

—Oye... Esos no son rumores extraños, ni hipocresía... Es la orgía vívida y alarmante, indigna y fatal que enloquece y malogra las energías de la raza... Observa, observa la realidad...

—Me parece esto una aventura... ¡Vaya una visita!...

—Un tanto curiosa, pero fulminante y atroz para el débil. Aquí se estrella toda

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

nuestra juventud. Todos los hermosos sueños se convierten en hieles; todas las dulces aspiraciones gigantescas se transmutan en lágrimas... Escucha la carcajada estridente y hueca de aquel beodo... Fija tu mirada en el rostro de aquella mujer imbécil que tambalea, en aquella otra pareja que habla en voz baja y temblando cual si tramara un espectáculo sangriento en ese templo abominable.

—Esto es terrible, atrofiante... ¡Qué horror!

—No, no... Es realidad, realidad; un reflejo exacto de la vida...

—¡Qué desgracia!

—Todo lo que quieras, pero es vida, vida que se despide de la luz, que agoniza.

—¡Y no hay quien lance un grito que se oiga, un grito de reprobación contra ese foco de crimen y de odio!

—No... Pero mañana, un día, se verá en la Audiencia un tribunal, frente a éste un desgraciado, cualquiera de esos que has visto con lánguido rostro y diabólica risa; y entre éste y aquél dos hombres disputándose un triunfo en el que se juega la cabeza de un inconsciente!...

—Vámonos; esto es insoportable, increíble.

—Espera... Quiero que tus ojos vean, que tus manos palpen y tus oídos oigan, lo nunca por ti visto, palpado ni oído... Ca-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2008

minemos por aquí, doblemos... Ya estamos... Entra...

(Hubo una pausa fría, un saludo grave, venenoso, trágico y cortante como el filo de un puñal, helado como la muerte.)

—¿Qué tomas?

—Cerveza.

—Un «cognac» quiero yo.

(Rumores, cuchicheos... Luego, el suave roce de un traje de seda.)

—¿Has oído?

—No entiendo una palabra.

—Esta casa es una de esas «casas distinguidas», oculta siendo vista... ¡Qué contraste! ¿eh?

—Por cierto que es raro.

—¿Raro? Sí; para tí.

(Se oyen risas, interrumpen... Comienza la música.)

—Ya nos invitan... Penetremos, anda...

—¿Adonde? ¿Estás loco?

—Sígueme, no respetes... Cualquiera que veas, es una mujer: casada o soltera, no importa. No son nuestras, pero lo son... ocultamente, ignore o no el esposo este placer, quede o no abandonado el inocente vástago en el lecho conyugal; venga o no la desgracia de los hombres, la ruina del hogar, la vergüenza de los hijos, el ejemplo inmoral, el crimen... No te importe... El galán enamorado no sabrá que su novia viene aquí; el esposo tampoco, y si lo saben se hacen los «suecos» para evitar el

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

escándalo vergonzoso y denigrante... ¡Eso, si no han llegado al suicidio!

—¡Basta!... No soy sacrílego; desprecio, rechazo...

—Calla, calla... Se van a reir de tí. Tienes que ser hipócrita; haz que eres como los demás, como el vulgo... ¡Después!...

—¡Imposible! No puedo...

—No seas débil; penetremos... para que veas, palpes y oigas de cerca; sí, entra...

. . . . . .

. . . . . .

La luna habíase ocultado; sólo alguna estrella resplandecía, indecisa, en el cielo vestido de gigantescas y negras nubes. La noche había perdido la serenidad de horas antes. Parecía un fantasma monstruoso que amenazara, fúnebre, a la tinerfeña urbe dormida...

—Estoy aturdido... No sé cómo he soportado tanta carcajada, tanta blasfemia.

—Vamos, el tiempo cambia; despierta y olvida...

—Es que... ¡Si él supiera!...

—No te preocupes, calla, calla... ¡Olvida! Hemos llegado al puente; contempla nuevamente...

—La noche tiene para mí ahora un doble encanto... Se lo ofrecen las olas agitadas del mar; el viento fuerte con su gemido; el cielo, a trechos azul y cubierto de nubes en una infinita extensión; la luna

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

asomando de rato en rato su faz risueña; esa amalgama invernal, en fin, que pone ante nuestros ojos, como dantesca visión, fantasmales malezas y cavernas oscuras. Todo este desorden es armonioso, sublime, mágico...

—No te comprendo; eres un optimista. Nada te aterra... Ni siquiera el suplicio inconsciente que acabas de ver... Eres un gran soñador, un loco... Todo es inspirativo para tí: igual la serenidad que el agitar continuo; lo mismo lo infernal que lo divino y eterno...

—Yo no sé; soy así.

—No te conozco... ¿Olvidaste porque te dije «olvida»? ¡Olvidaste ya la escena, el drama horripilante: Aquellas falsas diosas semidesnudas, despeinadas y borrachas de lujuria y alcohol; hombres embriagados por el sensualismo de la carne palpitante; unas y otros adormecidos por el narcótico que forma esa mezcla de pasiones; extenuados y siempre dominados por el deseo vario de la bacanal! ¡Olvidaste ya todo ese dolor humano!

—Déjales; no pretendas interrumpir la marcha triunfal de cada uno por el sendero de la vida que es el dolor... Tu sentimiento es grande, noble, pero observa y verás que no comprenden... no comprenden otra cosa!...

—¡Observar!... Sí; he observado, pero

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

no he visto en todos esos espectáculos más que una triste realidad de la vida.

—Te equivocas... Eso no es realidad; eso es una necesidad impuesta por la atrofia mental, un escalón de tantos como tiene la escala del vivir para llegar a la Cima... A mí también me repugna ese cuadro de miseria; lo anularía, transmutaría todo ese fango en gloria...; pero comprendo que su existencia es necesaria. (1) ¿Por qué existe entonces? ¿Puede existir algo innecesario? La evolución es así.

—No, no; eso no puede ser. Tú no debes pensar de esa manera. Entonces no eres artista.

—Precisamente, por pensar así lo soy... Yo no había visto nunca ese lodo, pero lo imaginaba... Quise rebelarme porque el sentimiento pudo más que la reflexión; pero... ¡la tolerancia, la tolerancia!... El pueblo no está educado. Gusta del bajo placer

(1) Dice Annie Besan: «Aquellos que verdaderamente son espirituales, los Cristos del mundo, no sienten odio ni aún contra el pecado, cuanto menos contra el pecador; puesto que el Cristo sabe muy bien que el pecado, así como el bien, es necesario para la evolución del hombre; sabe también, que aquellos que pecan son ignorantes y carecen de experiencia. Conociendo la unidad de la vida, identificándose con esta vida, para el Cristo, el pecado de otro es Su pecado y no se siente separado de él.»

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

y hay que dárselo hasta que expire, porque la tolerancia, amigo, no hace otra cosa y la educación deficiente... no puede producir sino bacanales, bacanales!...

—Tienes razón. Todos los esfuerzos se estrellan ante el atraso!... Tanto derroche, *tanto brillar y qué podrida está la Humanidad!*

—No obstante, el artista debe laborar: apartado, aislado... Porque el hombre-artista no necesita ver, palpar ni oir. El lo adivina todo...

—Asi es: todo lo escruta en el carácter, en el modo de ser de un pueblo, en el ambiente, en la Naturaleza, gran Esfinge que está siempre pronta a descubrirnos sus secretos...

Hubo un silencio; el viento sopla, la lluvia comienza.

—¿Vámonos?

—Sí; pero no te olvides, no te olvides de mis palabras.

—*Tú tampoco, que no sabias de esta miseria humana, de este mísero vivir.*

—Te lo prometo; pero, como te dije, aislado...

—No podrás, te arrastrará el ambiente. Te verás un día... ¡Oh, sí!, te verás un día envuelto en la sorda orgía que calcina el corazón; en la que extiende sus tentáculos bajo tierra, en esa ignota y silenciosa orgía de relumbrón en que se derrocha y se

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

viste de azul y rosa por el día y se confiesa siempre. ¡Hipócrita!

—Sí, ya sé de esa hipocresía cuyo antifaz se bota en las horas nocturnas... Pero dejemos que se viva porque cada uno en su vivir busca el Amor...

—Sí, te entiendo, pero tus teorías...

. . . . . .

Un golpe seco como de cuerpo que cayese al suelo y un doloroso lamento agónico interrumpióles. Y a la par que de un auto que se disponía a pasar el puente descendió el médico del Hospital, corrieron los dos amigos al lugar de que partiera el inesperado quejido de dolor.

Una anciana se encontraba tendida en el suelo, desfallecida. El médico, ayudado por el chófer y aquellos camaradas, artistas íntimos del doctor, prestaron auxilio a la infeliz mujer, decidiendo trasladarla a su casa en el auto. Y, durante el trayecto, el autor, que tomó asiento junto al médico, comenzó a interesarse por el resultado de aquel encuentro, que presentaba para él todo el cariz de un drama vivido, al oír el siguiente interrogatorio, y observar el mutismo y la inquietud que a la par se apoderaron de su amigo, el médico.

—¿Dónde vive, buena mujer?—preguntó el doctor.

—Allá... con mi hija.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

—¿Dónde vive su hija?... ¿Cómo se llama?

—Ador...salva. Vivimos... allá... en la... calle...

—¿Adorsalva? ¡Adorsalva!—repitió el doctor, sorprendido.

—Sí, señor.

El médico quedó desde entonces pensativo y en ese estado de inconsciencia, demandó:

—Más aprisa, pronto...

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

CAPITULO I

Se aproximaba el verano de 1917. Los días se sucedían espléndidos en la apacible Aguere, toda llena de ensueños y románticas leyendas.

Ya se veían las señoras emperifolladas ir de calle a calle en solicitud de viviendas donde pasar la temporada estival. La primavera nos brindaba aún sus policromos paisajes, y los capirotes y canarios sus dulces y variados trinos.

La parte de señorial carácter que le resta a la ciudad; ese silencio y quietud y augusta serenidad que hemos visto siempre en todo: jardines y vegas, parques y templos; ese carácter, repetimos, de majestad sublime, sólo era alterado alguna que otra vez por los alegres estudiantes y algún que otro «auto» al pasar...

Por entonces llegó a La Laguna una corta familia del plano medio de la esfera social.

Todo estudiante, aún en los mayores apuros, gusta de recrear su alma de artista—porque a esa edad todos sentimos el

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

arte—ante el paisaje que se presenta acariciador y risueño a los que no saben, como ellos, de los dolores y nostalgias de la vida.

En tiempos de exámenes se trabaja mucho, con ahinco, con inquietud, sin sosiego casi y hasta con miedo. Pero aún así, la hora que sigue a cada comida, sirve a los estudiantes de alentadora tregua en la que olvidan todas las amarguras y asperezas de los libros, entre el piropear, el juego y resonantes carcajadas, hasta que más tarde, mohinos y desganados, repiten la monótona faena del estudio.

Haciendo comentarios sobre exámenes, que ya se les venían encima, se encontraba un grupo en una de las ventanas de la residencia estudiantil, sita en la calle de la Carrera, cuando el ruido desagradable de un camión que se acercaba y que procedía de Santa Cruz, interrumpióles el coloquio, en el que, adelantando un acontecer ignorado, se repartían las variadas calificaciones que alcanzarían.

Con los muebles indispensables a un modesto hogar, venía aquel vehículo que acortaba más y más la velocidad, al par que se notaba en el chófer cierta duda sobre el número de la casa que deseaba encontrar. Pero la presencia de un «auto» que por la parte contraria aparecía en aquel momento oportuno, puso alerta al conductor del camión, viendo que los due-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

ños de los muebles le señalaban la casa desde el «Hispano Suiza».

La bocina de éste hizo girar a un tiempo las cabezas de los «curiosos niños de la Casa de la Troya», y los ojos todos, como todos los de estudiante, intrépidos, burlones y hasta golosos, cayeron como lluvia inesperada sobre los recién llegados que, ignorantes quizá de la clase de gente que habitaba en lo alto, recibieron una desagradable impresión ante la presencia de tantos jovenzuelos, hasta el punto de no poder disimular el rehuir de aquellas miradas: especulativas, observadoras, que escrutan y penetran en el más complicado laberinto por la fuerza de la costumbre en el estudio. Mirada ingenua, pero insistente, que los desconocidos notaron a la par que descendían del coche y que, inconscientes, revelaron intranquilidad y malestar nada bueno, propio de aquellas almas que ocultan algo que se desea permanezca en un misterio infinito y hasta de Aquel si posible fuera... Sólo una joven esbelta, bella, de ojos grandes y vivos, de blanco cutis y dentadura blanca y reluciente; de forma voluptuosa y excitantes líneas, había quedado medio extática, momentáneamente, como queriendo evocar algún recuerdo que el fugitivo tiempo le hiciera olvidar...

Y en efecto, ella conocía a uno de aquellos estudiantes que la miraba, no en estado distinto al suyo, ya que no hacía falta

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

ser un gran psicólogo para observar en ambas actitudes y al encuentro de recíprocas miradas, el mismo fenómeno que les impresionara; fenómeno de sorpresa que hizo detener inconsciente, a la hermosa joven de dulce y risueña mirada, que se doblegó ante la dominadora y calcinante que la observara, a la vez que sintió un estremecimiento interno y la voz de la madre que la llamaba, y que, con mano temblorosa y agitada el alma, abría una enorme y reformada puerta cochera que servía de entrada al piso que comenzaban a ocupar.

Para doña Angela Astorga, viuda de Tiasa, —tal era el nombre de la que figuraba como cabeza de familia—no pasó desapercibida la singular actitud de su hija Adorsalva, ante la ventana del piso alto y miró desconfiada hacia arriba.

Desde entonces, en el corazón de la joven comenzó cierta inquietud, cierta lucha que la hacía presentir un algo futuro que cubría el velo misterioso de lo desconocido...

Ella conocía a aquel joven. Y éste la había también conocido, recordando uno y otra un mismo tiempo pasado, que hizo cruzar por sus mentes toda una «film» de pequeños sucesos, pero de importancia grande para la soñadora y juvenil edad medio infantil.

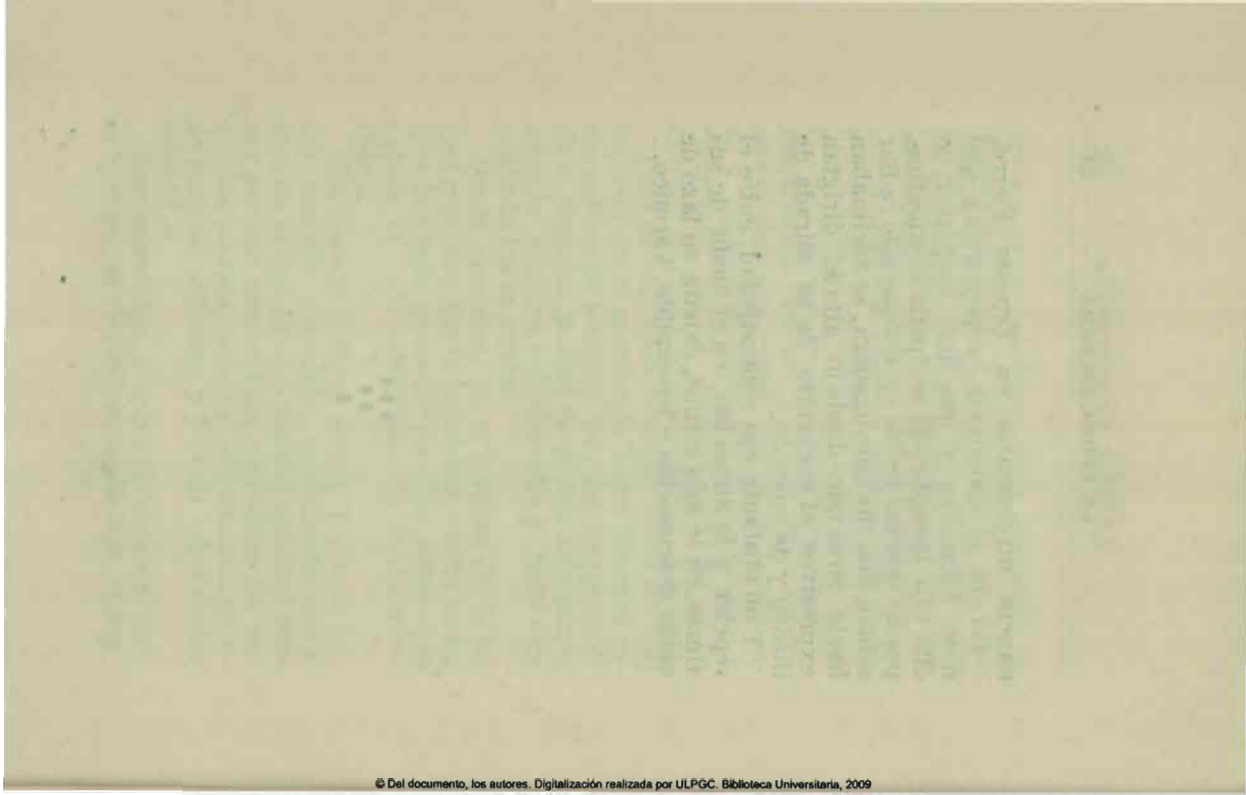
Este encuentro, después de algunos años en que no se vieron, provocó una repug-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

nancia involuntaria en Ernesto Fierro, —tal era el estudiante—repugnancia que notó Adorsalva y que hizo despertar en ella una inexplicada antipatía enigmática, puesto que sus bellos ojazos que sólo radiar sabían una luz subyugadora, se inclinaban hacia otros que desde lo alto se dirigían expresivos al encuentro de su mirada de ilusión y de ensueño...

Y no obstante esa contrariedad, entre el repeler y la atracción, en el fondo de sus almas, en lo más íntimo, existía un lazo de unión desconocido e irrompible, kármico...

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009



© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

CAPITULO II

Durante la vida de don Hermógenes Tiasa, su señora e hijos no sólo vivieron dentro de una abundancia y lujo desmedidos que permitían las entradas de los negocios, sino también dentro del que proporcionaba el crédito que la honradez intachable del esposo había adquirido.

Nunca doña Angela se preocupó del mañana. Jamás por su mente pasó ni un vago pensamiento de pesimismo que fuese contrario a sus planes de goces y placeres.

Mujer glotona, no escatimaba nada para las comidas abundantes y suculentas; y como un vicio nunca se halla solo, era excesivamente vanidosa, hasta el extremo de no poder sufrir un día de encierro hogareño, vicios que con razón se le criticaban en el barrio, y vicios que infiltró a sus dos hijas, Zalamir y Adorsalva, tiernos pimpollos que exhibían, llamativas y provocantes, sus trece y doce años, edades propicias a los ensueños y al puro amor inocente... Y como doña Angela no había te-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

nido sino un varón, constituía éste la síntesis de los desvelos conyugales y en quien todos ponían sus esperanzas, pero que en realidad, una ceguera fatal de amor de padres, podía hacer formar ilusiones sobre aquel joven de dieciséis años, con trazas ya de hombre y que había adquirido todos los vicios sin haber salido bien de su edad adolescente y peligrosa.

Pero bien pronto todos los desórdenes habían de acarrear fatales consecuencias. Y así fué que un día, al regresar de una fiesta que celebraba la vecina ciudad de La Laguna, doña Angela y sus hijas se dieron cuenta de que don Hermógenes no les había acompañado.—¿Por qué?—se preguntaron, semi-extrañadas. Pero el cansancio y sobre todo el continuo pensar en las fiestas y diversiones, no les dejaba tiempo para examinar el reverso de la fantástica vida que tanto acariciaban, mientras el hombre esposo, el hombre padre, se había quedado solo y triste, torturado por pensamientos que nacieran, crueles, de una fracasada situación de su comercio. Y mientras él hacía combinaciones y trazaba planes y seguía desviviéndose por mantener lo mejor posible las exigencias de la sociedad, su familia continuaba derrochando, no sólo el dinero que a la casa entrara, sino la preciosa vida del padre y del esposo. Allí se malgastaba siempre. Los invitados no faltaban. Cuando no eran las amis-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

tades que doña Angela con su habitual gracejo atraía en gran número, estaba la familia más opulenta; otras veces, familias pobres que no piden, pero que se les dá como limosna, y siempre huérfanos del mundo que vagan sin albergue. Todos hacían los honores a aquella casa y rendían homenajes a la esplendidez de la familia Tiasa.

Aquella noche, al regreso de la fiesta, no había qué cenar. La criada estaba también de jolgorio y solamente algunos fiambres constituyeron la comida.

Don Hermógenes sentóse maquinalmente, y haciendo uno de esos grandes esfuerzos para presentar una cara de alegría y buen humor, pudo dominar, al parecer, la excitación, poco acostumbrada en él. Pero este dominio sobre sí mismo era ficticio. Y mientras la charla de Zalamir y Adorsalva giraba en torno a la fiesta, sólo alguna que otra pregunta tartamudeada pudo hacer en la común conversación. Apenas si probó bocado y como su mujer lo notase, pretextó un dolor de cabeza, a la vez que se desprendía de su ahogado pecho uno de esos suspiros melancólicos e involuntarios que tanto dicen de dolores y abismos... Y sin mirar a nadie, abrumado por el peso de su dolor nostálgico, salió como un inconsciente... Caminó una, dos y más calles. Al fin se perdió en la densa oscuridad de la noche por la carretera que va a San

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Andrés. Parecía un alma pecadora que marchase por las abismales regiones desconocidas. Así caminó largo rato, sentándose luego frente al mar inmenso. Su vista, dilatándose poco a poco, traspasó la oscuridad y pudo observar entonces, allá, en el horizonte, donde el mar y el cielo parecen confundirse, la luz que proyectase un trasatlántico. Esta observación acabó por despertarle de aquel estado nervioso que le sumiera en un vacío ignoto, y meditó... meditó lo suficiente para reaccionar y volver a su casa. Al llegar, besó a sus hijos que dormían; aproximóse luego al lecho de su esposa y contempló hasta el éxtasis a aquella mujer subyugadora. Entonces se le escapó un suspiro sentimental y tierno, y por sus mejillas rodaron dos lágrimas que eran todo un ignorado poema en flor... Inclinóse para besarla, pero sus lágrimas cayeron en el rostro de doña Angela que despertó sobresaltada. El, presuroso, apagó la luz. Todo quedó en tinieblas.

—¿Hermógenes?—balbuceó ella entre el sueño y la vigilia.

—Nada, nada. Soy yo, que tropecé.

Y callaron, quedando todo en silencio sólo alterado por el tic-tac del reloj y las respiraciones de aquellos cuerpos cuyas almas actuaban en el Astral...

. . . . . .

Empezaba a rayar el alba. Don Hermógenes, que había dormido poco, se levantó

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

precipitadamente, despertando a su esposa que le miró extrañada. Pero él, conociendo que doña Angela iba a interrogarle, se apresuró a decirle:

—Hoy tengo mucho trabajo... ¡Y hace tanto calor!...

Por entonces, la Guerra Europea que desolara al planeta, estaba en su apogeo, y los negocios de don Hermógenes, como todas las grandes empresas y actividades todas, hallábanse paralizadas... ¿Cómo, pues, había de tener trabajo? Y esto es lo que doña Angela no tuvo en cuenta. Y no comprendió en la respuesta de su marido una de esas disculpas inquietantes que jamás se ocultan al espíritu perspicaz de la mujer.

Al siguiente día, jueves, a eso de las seis, cuando el sol enviaba sus últimas caricias y el frío era más intenso, un hombre alto, moreno, acostumbrado a llevar levantada la frente, se dirigía hacia el puerto, cabizbajo, con el sombrero hasta los ojos y envuelto en su gabán.

No había otro remedio. Las causas eran grandes, suficientes para hacerle tomar una resolución definitiva. Estaba obligado a mantener a su familia en aquella cumbre fatal de la opulencia a que su esposa le arrastrara y se vió en el preciso caso de partir y alejarse del querido hogar que tal vez no volvería a ver y de aquella mujer bonachona, primera y última aspiración

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

de ensueño que amaba con locura... Y aquella idea que le inspiró el trasatlántico la noche anterior, tomó cuerpo al principio, luego vida y, por último, se apoderó de él, obsesionándole.

¡Terribles momentos cuando se toma un camino sin haber podido hacer una reflexión serena! ¡Terribles causas que incuban semejantes engendros, cuyos efectos son fulminantes!...

Y siguió obsesionado, partiendo cual homicida que huye, pero que la ceguera o la conciencia parece entregarle al peor esbirro de la justicia. Don Hermógenes, pues, salía de una prisión, el aplastante peso de su casa arruinada, a la que fué con la mayor y más pura voluntad por el sublime delito de amor, para entrar en otra belicosa y cruel, donde nadie le llamaba y a donde iba arrastrado por una voluntad que no era la suya. Iba a sufrir las inclemencias de otros climas, él, un hombre ya maduro, no acostumbrado a otra vida ingrata y distinta, que traiciona casi siempre al peregrino cansado por la nostalgia, y más aún, cuando el corazón guarda, por el reprimir de suspiros y llantos, todos los dolores que cultivara el amor...

A eso de las ocho el «Infanta Isabel» partía con rumbo a América. En él embarcó don Hermógenes para Buenos Aires. Y en aquellos momentos de angustia desgarrante para él, héroe o mártir del cariño

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

familiar, se encontraban, doña Angela y sus hijas, oyendo el concierto que la banda municipal tiene por costumbre ejecutar en la Plaza de la Constitución. Y aún el trasatlántico no había perdido de vista el Teide, cuando la familia Tiasa regresaba al triste hogar, satisfecha y excitada por aquella música voluptuosa, propia de la época. ¡Cuán lejos se encontró la mente de la esposa de la sorpresa que la esperaba, y qué de cerca veía la realidad!... Entonces fué descorrido el velo, pero no había remedio. La sentencia era firme. El castigo se aproximaba y había que evitarlo. ¿Y cómo?... He aquí el conflicto, la desesperación, el abismo... Una familia abandonada en el caos del dolor; y, por otra parte, un hombre que arriesga su vida allende el mar por esos hijos y esa madre. ¿Hizo bien don Hermógenes? Nadie sabe de los designios que el Karma nos tiene reservados en el fragor continuo del vivir; pero sí podemos afirmar que el Yo, chispa divina que nos anima, persigue en todas sus actividades un fin: el Amor. Y el amor es Dios, en el que hemos de ser, después de agotar la inmutable y justa ley de Causa y Efecto. Don Hermógenes, pues, sacrificó todo por el Amor. Y partió, sin despedirse.

A bordo y ya lejos, pensó que había sido ingrato, comenzando a llorar como un chiquillo que se le rompiera el juguete.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

CAPITULO III

Aunque Ernesto Fierro no sentía predilección hacia ninguna carrera, pensaba estudiar la de medicina por hacer el gusto a sus padres. Se distinguió siempre por lo serio y amable, por lo noble y sencillo y por ser excesivamente modesto. Era algo cargado de espaldas, caminaba muy aprisa, mirando siempre al suelo. Reía y hablaba poco, y su sonrisa sincera revelaba un alma humilde y casi inocente. Su regular estatura y frente alta, unidas a sus otras cualidades, nos decían bien claro, que era un hombre no vulgar. No fué mal parecido y sus simpatías eran suficientes para que Adorsalva le admirase, a pesar de la aparente indiferencia que, al igual que él, mostrara desde su llegada a aquella casa.

Así pasaron días. Doña Angela y sus hijas llevaron íntima amistad con la dueña de la residencia estudiantil y menos estrecha con algún que otro estudiante, que, cuál más, cuál menos, sentía cierta emoción en presencia de Adorsalva y hasta de

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Zalamir, que les habia ya presentado un hermoso niño de año y medio, fruto de sus amores con un joven santacrucero. Unicamente Ernesto Fierro, mostraba indiferencia a aquella familia. Evitaba toda relación y apenas si les daba los buenos dias; y cuando ésto hacia, se mostraba frio, sin darles importancia. Un encuentro con cualquiera de ellas le hacia arrugar el entrecejo y alterar sus pensamientos. Esta actitud fue visible a las nuevas vecinas, que no cesaban de desarmar, entre sí, su furias e improperios, merecidos en cierto modo por el estudiante.

Ernesto contaba veintidos abriles cuando por primera vez —1914— llegara a La Laguna, edad que no permite el lujo de estudiar curso por curso. Al principio mostraba un interés desmedido y adelantóse mucho; pero este interés fué descendiendo velozmente a medida que su espiritu evolucionaba o su mente, desarrollada por la lectura, fue tomando otro rumbo liberal, característico, propio, cual los que han descubierto en si mismos otros horizontes más lejanos, pero más diáfanos y amplios... Finalmente estudiaba poco, se conformaba con aprobar alguna asignatura, pero su tiempo nunca fue perdido, aprovechándole en la lectura y en desarrollar su afición literaria. Entonces fué cuando conoció a la familia Tiasa, que pasaba la temporada en una casa de la calle de Tabares de Cala,

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

casi enfrente de la que él residía y la que regentaba doña Filomena, la misma señora que más tarde le dió hospedaje en la calle de la Carrera.

En aquellos años primeros cuando el afán a los libros era grande y por nada se desprendía de ellos, encontró en el camino de su vida a Adorsalva, que aceptaba con cierto retraimiento que parecía inocencia, la mirada contemplativa y sonriente de su alma soñadora...

¡Cuánto esfuerzo, qué lucha tenaz y formidable sostuvo Fierro ante aquella atracción, lucha entre la ilusión juvenil del amor y el estudio, que podía hacer peligrar su triunfo en los exámenes! El, como sus compañeros, se olvidaba a veces de los libros; pero el irónico mandato de uno de ellos que llevaba siempre la voz cantante, les interrumpía. Una vez, un grupo tramaba una treta a otros que con ellos convivían, mientras Ernesto Fierro, sin darse cuenta de lo que en derredor suyo premeditaran, dirigía la mirada al encuentro de la hermosa Adorsalva. En ese momento feliz y de olvido para Fierro y de expansión para los demás «tramoyistas», una enérgica voz se oyó en la puerta:

—Señores: no abusemos de la ciencia. ¿Para qué estudiar?— Todos se levantaron *mecánicamente*, yendo cada cual en busca del antipático compañero-libro. Ernesto Fierro miró por última vez a Adorsalva y, al

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

retirarse, le dijo el que entrara por la puerta:

—A pesar de tu seriedad, también te recreas.

—Si hace un momento...

—Menos mal que al fin te convencerás de que es una...

—Bueno, hombre...

Y separáronse. Fierro recibió la indirecta como un latigazo en el rostro. Aquella tarde no pudo estudiar, y se fué al Camino Largo. Y en este paseo delicioso situado en los incomparables alrededores de La Laguna, se encontraron de nuevo todos los que tramaran la juerga en proyecto, trama interrumpida horas antes por aquellas palabras: «no abusemos de la ciencia».

Coincidieron las opiniones y acordaron atracar al «puerto» de los Gutiérrez, estudiantes gomeros, «quintos» aún, que habían recibido una remesa de comestibles de la tierruca. ¿Con qué entonces iban a la juerga, si los estudiantes jamás llegan con «cuartos» al fin de la primera quincena del mes? Pero la mente de ellos no cesa de discurrir. Así, que cualquiera que les oyese y conociera la clase de jinetes que iban a cabalgar en el fantástico corcel de placeres juveniles que aparejaban, podía afirmar que Baco sería festejado aquella noche.

—Las cajas están intactas—dijo uno saltando de contento.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

—Si, hay «forraje»; yo acabo de verlas —afirmó otro, restregándose las manos.

Así pasaron gran rato, hasta que por fin convinieron en disponer de la mercancía. A eso de las doce, dos se lanzaron al asalto con todas las precauciones debidas: Uno, aflojaba las bombillas eléctricas por si despertaban los Gutiérrez se encontrasen sin luz, mientras el otro limpiaba el arca repleta de frescos comestibles entre los cuales no faltaba la rica miel de palma ni la dulce y roja mistela, licor que desde aquella noche llamaron los estudiantes «elixir de vida».

Los hermanos Gutiérrez, no despertaron. Sus compañeros, ya veteranos, sabían quizás que el primer sueño es el más propicio para el robo. Y la juerga fué «padre». Al otro día, en la revuelta casa, no faltó la gratuita función, los rimbombazos, las averiguaciones y sospechas... Y como todas las cosas de estudiantes, no pasó más allá...

Aquella noche, un palmero permanecía sobre el viejo tablado carcomido de la alegre casona. Y Fierro, no queriendo pasar por alguna pesadilla, salió a la calle. A su llegada a la puerta de la casa de Adorsalva, fijóse en un «auto» que parecía esperar..., pero ésto, nada significó para él. Y siguió... Pasó por la plaza de la Junta Suprema, bajó por la calle de San Agustín, hasta volver a la de Tabares de Cala. No venía aún a cien pasos del «auto» que vie-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

ra, cuando los focos del mismo le hicieron bajar los párpados. El silbido del viento contrario no le permitió distinguir las voces de los que hablaban, pero a medida que se acercaba notó que entre el timbre de dos voces femeninas, sobresalía la de un hombre corpulento, de ojos que parecían echarse fuera de sus órbitas, moreno y como de unos cuarenta años. Pareciale un hombre de negocios, pero rústico. Hablaba desde su «Fiat». Antes que Fierro llegara hasta ellos, el «auto» arrancó, rápido; y entre el ruído del motor se confundieron el chirrido y golpe de la puerta. No pudo conocerlas; se dijo para sí que sería la madre y alguna de sus hijas, pero no podía afirmarlo. Al del «Fiat» pudo verle el rostro por la luz que pendía de la casa en frente. Miró la hora y exclamó silenciosamente: «¡las tres y media!»

. . . . . .

Al siguiente día, Ernesto Fierro hablaba con un compañero sobre Adorsalva, que apenas conocida, comenzaba a intranquilizar el alma del ingenuo estudiante. La conversación no podía ser más cruel y desengañadora y por una desconocida fuerza irresistible, sintióse Fierro herido.

—Es imposible, ¡imposible!—decíale Fierro a todas las palabras mortificantes que contra Adorsalva y su familia pronunciaba su amigo.

—No te afirmo, Fierro. Unicamente te

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

digo lo que la «vox populi» pregona a todos vientos.

—¡Pero hombre, dos niñas!... No lo creo, es imposible.

—Tampoco lo creía yo y, sin embargo...

—Has visto tú algo, que...

—Siempre se ven movimientos, precauciones que hacen sospechar. No sé si por la sugestión de lo que se dice, en cualquier ademán o gesto en ellas, pretende uno ver...

Fierro sintió una mordida en su alma y miró hacia la ventana de Adorsalva con esas ansias de conocer, con esa mirada interrogadora que desea escrutar en el ser amado el secreto que la duda cree ver en lo insondable del corazón. Encontróse con los ojos de ella; pero nada observó, nada que él pudiese reprochar. ¡La encontraba tan ingenua, tan pura!... Y es que el primer sentimiento de amor no ve ni puede ver algo que le contraríe; es que los sentidos externos jamás podrán percibir los secretos que oculta otra alma. Para ello tendría Fierro que poseer el don del adivino o emplear un poder que doblegase al ser más rebelde y le hiciera hablar.

—¡No! ¡No puede ser! ¡Si son dos niñas! —volvió a repetir Fierro, sin querer pensar sobre aquella inesperada noticia.

—¿Y te extraña? ¡Eso es tan corriente hoy!...

Ernesto Fierro no pudo oir más. Levan-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

tóse, mientras su compañero se reía de su incredulidad, y salió maquinalmente: sin discurrir, sin pensar siquiera a donde iba. Cuando pasaba frente a la casa de Adorsalva, su amigo, que le seguía, le cogió del brazo. Su cuerpo tembló como quien despierta de una inconsciencia y la sangre afluyó rápida a su rostro.

—Mira—dijo el compañero en su oído—, mira la madre de esas chicas.

Y Ernesto Fierro, que había salido de la casa sumido en una meditación sonambulesca, en la que pasó por su mente lo que había visto aquella madrugada, hecho que enlazó a la cruel noticia, espontáneo, con voz expirante, tenue, exclamó:

—¡Y ella lo consiente!...

El amigo no rió más; había notado en Ernesto cierto dolor íntimo. Y le dejó meditar, meditación desgarrante que no pertenece a este mundo, sino al otro, a ese otro de nostalgia en el que se pierden todos los dulces ensueños de la juvenil fantasía... Ernesto no lo pensó, pero íntimamente, la voz del alma que es silencio, dijo: «la amo»...

Y siguieron..., sumidos al parecer en un sepulcral mutismo, que fué rasgado por el camarada de Fierro:

—Vamos, Ernesto, habla sinceramente. La noticia te ha impresionado... ¿Tú tienes algún interés?...

—No es interés. Confieso que me ha

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

causado dolor, un dolor inmenso, pero... no tengo interés.

—Entonces, qué te importa. Allá ellas...

—Quizá sea por que me duele el dolor de los demás; pero creo que esas muchachas son honradas, víctimas de la blasfemia; en fin..., no sé, no sé...

—No te aseguro nada, pero a mí no me extraña; actualmente, chico, se ven tantas cosas!...

—Sin embargo, hay algo en mí que me hace vacilar, que afirma y duda; un sí y un no...

—Eso se llama interés.

—No... Te diré: entre Adorsalva y yo hay no sé qué atracción desconocida. Me tiene pensativo antes de conocerla.

—Estás loco... ¿Cómo puede ser eso?

—¿Loco? Verás.—Y Ernesto sacó un retrato de su cartera.

—Esta es Adorsalva.

—Sí, ella es: llegó a mí de una manera singular; pero lo más que ha llamado mi atención es la figura de cera que tuve en mis manos antes que esta fotografía.

—¿Qué quieres decir?

—Que la figura tenía la misma imagen de este retrato. Y en verdad, me ha hecho pensar...

—Es raro.

—¡Y tanto!... La imagen de cera, lo mismo que este retrato, la traía una mujer que venía del Puerto de la Cruz el mismo

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

día que yo regresaba a La Laguna. La casualidad hizo que al yo bajar de la «guagua», tropezase con la caja de la señora y derramara su contenido...

—¿Pues sabes tú lo que es?...

—¿Qué puede ser?

—Nada, una promesa, un ofrecimiento por uno de tantos milagros que el vulgo cree.

—Pues mira, tienes razón. No había pensado en eso.

—No es otra cosa; pero, ¿por qué te quedaste con el retrato?...

—Resultó que la señora se enfadó conmigo, aunque atentamente le recogí sus cosas y le pedí perdón; y yo, que medio asombrado quería marcharme, no vi el retrato que había quedado en el suelo. Un chiquillo lo recogió y creyendo que podía ser de alguno de los que allí nos apeamos, me lo entregó. Ya la «guagua» había arrancado y nosotros nos dirigíamos a la fonda. Para mí ha sido un caso curioso.

—Ha de ser una promesa.

—Sí; ya veo que no puede ser otra cosa.

Y terminaron por reirse.

Pero la huella abierta ya por la duda en el alma de Ernesto, no podía ser borrada tan prontamente. El amaba a Adorsalva; y ella... El autor sólo puede afirmar que la mirada de aquella adolescente era una llamarada dulce para Ernesto Fierro; dulce llamarada que fué extinguiéndose poco a

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

poco ante la presencia del «auto» que con aquel señor que viera la noche de la juerga, paraba en la puerta de la familia Tiasa. Ernesto, pues, se vió obligado a aborrecer, a lanzar de su mente todos los sentires de amor que habian brotado apenas...

Los exámenes terminaron, y Fierro fue a Garachico, su pueblo, a pasar la temporada con su familia. Cuando volvió a La Laguna, la viuda de Tiasa y sus hijas se habian marchado.

Fierro se dijo: «Lo siento por que deseo conocer la verdad». Y reflexionando: «mejor fué asi».

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

CAPITULO IV

Después que partiera don Hermógenes, todos los castillos edificados al parecer con flores y alegrías por doña Angela, todos sus ensueños y proyectos mil que había elaborado su libre fantasía de mujer, cayeron sobre ella. Sentíase oprimida, decadente, extenuada... Y comenzó el ocaso de su vida, ocaso de anhelos que abrumaba el alma sumiéndola en horribles tinieblas y pesadumbres, de las que sólo se apura la copa del desengaño, cuyo contenido son los suspiros y lágrimas y el dolor más ingrato: ¡la miseria, el hambre!...

Habían transcurrido ya dos meses y ninguna noticia llegaba de don Hermógenes. Hasta entonces, las pocas pesetas que el buen hombre dejara, muebles que empeñaran y cortinas y manteles que vendieran, sostuvieron a la familia Tiasa; pero terminado todo ésto, viéronse agobiadas, sin lo imprescindible: sin un pedazo de pan que calmara las fatigas, sin el agua que engañase el estómago.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Faltaron los amigos, las visitas huyeron, y hasta familiares y mendigos que tantas veces salieran hartos de la hoy arruinada casa, no volvieron a pisar el triste umbral de aquella puerta. Sólo un perrazo alto y negro que llamaban «Rey», permanecía con el mismo cariño ante la miseria del oscurecido hogar.

En esa situación desesperante, en cruenta lucha con el Destino, frente al hambre, ¿qué hacer? ¿por dónde ir y a dónde?

Hay pocos espíritus de mujer que se sobrepongan y venzan a las fatales circunstancias de la vida; que se rebelen y triunfen ante su mismo cuadro de tristeza y de miseria. Y ese cuadro de la familia Tiasa, cuadro de suciedad y harapos; de rostros demacrados y anemia que se extiende y se infiltra hasta la médula; de muerte que penetra sigilosa, amenazando hasta la esperanza, ese último aliento que aún en la postrer hora hace soñar, no puede ser destruido por los espíritus no preparados desde la niñez en el fragor continuo de un vivir de sacrificio; ese cuadro de situación horrible, jamás fué vencido por quien naciera entre el brillar de las piedras preciosas y entre el halago del susurro embriagador de las sedas.

Un día se almorzó en la casa de doña Angela; pero no tuvieron cena. Zalamir y Adorsalva se acostaron con ese frío desgarrante que nace del estómago, del agota-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

miento del cuerpo. Y el varón, que iba a la casa cuando quería, vagaba ya por esas calles, sólo al amparo de las estrellas, en las que tal vez jamás se fijara, y al de la oscuridad, que tanto agrada a los desgraciados. Pero había una persona que no podía dormir, que no podía vagar: doña Angela, la madre que sintiera ya desgarradas sus entrañas. La esposa que despertaba a la luz de la realidad entre el sufrir y la amargura, se encontraba sola, velando sus penas, caldeando su mente con pensamientos torturadores de su flaco vivir.

El frío se introducía, sutil, por las hendiduras, haciendo vacilar a la lámpara que alumbraba la estancia, sala en un tiempo, y transformada entonces en un cuchitril maldecido o una perrera hedionda.

La soledad aterraba; el silencio parecía hablar... Todo era quietud; pero no era quietud mística de augusta serenidad y calma espiritual, sino esa otra que hace perder los sentidos y enfriar el corazón, que amenaza y sobrecoge a las almas. De repente, un escalofriante temblor invadió el débil cuerpo de doña Angela y la pocilga quedó a oscuras... Una tenue claridad indecisa como claro de luna, que penetraba por la rendija del tejado, apareció ante ella. No pudo hablar, parecía que la ahogaban, mientras desencajada y en tensión sus nervios lanzaba la mirada, fija, en la extraña luz. Entonces, en el centro de

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

aquella claridad astrálica, apareció, rápida, como relámpago, como el pensamiento, la silueta de don Hermógenes. Dió un grito desgarrador, terrible y cayó...

Un hombre que pasaba se detuvo. Puso atento el oido y no oyó nada; pero al empujar la puerta sintió, casi imperceptibles, unos gemidos que parecían venir del más allá... Al penetrar encendió una cerilla y encontróse, no sin retroceder, con el cuerpo exánime de doña Angela. Ante la escena inesperada, se quedó por un momento cual estatua; sin movimiento, extático, y con miedo. Encendió la lámpara, acercóse a aquel cuerpo yerto y le movió; luego inclinóse, pegó su oido al pecho y convencido de que vivía, buscó dónde acostarla, pero sólo encontró el lecho en que dormían Zalamir y Adorsalva y el cual servía para las tres. Ante este cuadro durmiente, real, fragmento de aquel otro grande de dolor, no pudo reprimir un suspiro sentimental y tierno, caritativo. No tuvo valor para suspender el sueño inocente de aquellos dos ángeles que quizás velaran desde «planos superiores» por la madre dolorida. Quitóse el gabán y como mejor pudo, compuso en el frio suelo un lecho en el que acostó a la enferma, después de llevar a sus secos labios un herrumbroso jarro con agua. Y por un corto momento volvió en sí, pero estaba extenuada, hambrienta y con un miedo indecible... Y cayó de nuevo; inmóvil, comen-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

zando a delirar: —¡Hermógenes, Hermógenes! Ven, ven; no me dejes. ¡Hermógenes!; no te vayas, ven...—Y calló, echando espuma abrasante por la boca candente...

El hombre no había conocido hasta entonces a la infeliz mujer. Nunca creyó que su antiguo amigo, con quien tuviera varias veces negocios, hubiese llegado a tal extremo. Cuando oyó su nombre, recordó que allí vivía y se fijó en el rostro de doña Angela, desfigurado, pero que revelaba aún algo de lo que fué... Le dió agua y llamóla: «Angela, Angela, soy yo, tu amigo, el amigo de Hermógenes. ¿No me conoces? Soy Gaspar, tu amigo...»

La mujer abrió los ojos y pudo decir entre dientes: «Hermógenes ha muerto; lo he visto, allí, allí...»

—¡Cómo!... ¿Qué dices?—exclamó asombrado don Gaspar.

—Sí, sí; acabo de verle, allí...; me dió miedo y...

La pobre mujer no pudo más. Comenzó a llorar y entonces, su pecho oprimido de dolor y repleto de amarguras, desalojó los suspiros que se agolpaban y las lágrimas que durmieran en su frívolo corazón de otros días.

—Voy por un médico—díjola don Gaspar, a quien, lo que llamamos casualidad, lo había llevado allí.

—No, no tengo nada—y tembló de nuevo, creyendo verse sola.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

—Pero no es posible que permanezcas así: sin cama, con fiebre, sin alimento...

—No, no me dejes. Tengo miedo... ¡Oh, qué desgracia!—. Y siguió llorando. Una ráfaga de viento abrió la puerta y la luz vaciló. Y don Gaspar que corrió a cerrarla, no vió que doña Angela caía de nuevo, sin fuerzas, en el lecho improvisado...

El reloj daba las diez. Don Gaspar, resuelto, salió en busca del médico y de alimentos; cuando regresó, ya el doctor Enrique, hablaba con doña Angela. Estaba más tranquila.

Aquella noche, don Gaspar veló a la mujer abandonada, descansando su cabeza entre las manos apoyadas sobre una mugrienta mesa. Doña Angela, rendida, fué vencida por el sueño. Y ya alto el día, aquel amigo despertó a Zalamir y a Adorsalva, a quienes dió órdenes y algún dinero, marchándose luego de la oscura casa donde hasta el aire se resistía a entrar, no sin antes prometer a Zalamir otra visita. Y en efecto, a los veinte días, viendo en la revista *Canarias* de Buenos Aires, la necrología de don Hermógenes, cumplió lo ofrecido.

Los recursos que don Gaspar les llevara alentólas, hizo que renaciera en ellas la esperanza; pero ¿continuaría socorriéndolas? Esta duda mortificábales. Y donde la duda existe es porque cerca anda el peligro. Así pasó. Don Gaspar sí las protegía; pero sus negocios de exportación frutera, con los in-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

gleses, hiciéronle dar un viaje a Londres, permaneciendo largo tiempo en esta capital. La familia Tiasa, pues, no supo de ningún camino que le salvara.

¡¡Terrible situación la de una familia vergonzante, cuando se halla lanzada por el Destino en las agitadas olas del hambre, y en plena guerra mundial!! ¡¡Y en la sociedad murmurante que mira indiferente al caído y empuja al que oscila; que deshonra a unos por capricho y por envidia, y eleva a otros a las cumbres sociales o gradas de un trono, por locura y por placeres, ciega e inconsciente!!...

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

CAPITULO V

Santa Cruz de Tenerife, como toda capital, tiene sus «barrios bajos»; suburbios que espantan y repugnan, rincones y callejas que aterran; y, por lo común, dentro de ese radio oscuro, escalofriante y grave, que atemoriza y hace temblar, vive la gente maleante.

En uno de esos lugares tenía su guarida una impúdica mujer de alma negra... Mujer sanguínea, astuta, toda hipocresía y engaño... Una odiosa «Celestina» despreciable; una comadreja embustera y ruin... No poseía ningún secreto de magia, que ignoraba, pero tenía un poder natural de fascinación; y, aunque de ello era inconsciente hacía ver lo blanco, negro; sugestionaba, en fin, a toda persona débil, y a la que ella creía, por intuición, propia para sus planes egoístas. Con su astucia se introdujo un día en la casa de la viuda de Tiasa, al oscurecer, como ave nocturna destinada a predecir la muerte. Entraba en la casa del ham-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

bre. Y sin tocar, dijo, empujando la entornada puerta:

—No sé si me engaño.

Doña Angela, que estaba sentada sobre una vieja caja, encapotada, cual moribunda clueca, abrió sus grandes ojos mortecinos y contestó:

—Usted dirá, señora.

—Buenas noches. ¿Vive aquí la familia de don Hermógenes Tiasa?

—Servidora. Entre, siéntese... Aquí.—Y cedió su puesto que era el único que tenía la habitación.

La farsante embaidora había recorrido ya con sus ojos de basilisco, la vacía estancia.

—Como usted ve, ni un asiento que brindarle. Después que murió mi marido, —q. e. p. d.— no hemos tenido un buen día. Todo se eclipsó para nosotros. ¡Pobre Hermógenes! ¡Si él viviera!...

Y empezó a llorar...

—¡Y qué va usted a hacer!—dijo «señá» Clara.

—¡Es verdad!; pero...

—Tenga paciencia; no se apure. No hay mal que dure cien años...

—Yo no puedo más...¡Si usted conociera mi desgracia!...

—Quién sabe; tenga calma; pudiera haber remedio.

—Ojalá; pero no, ésto es maldición... ¡Si él viviera!...

© Dal documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

—Tranquilícese, mujer. Dígame, ¿y la chica, la otra?

Zalamir había ido a casa de una tía; y Adorsalva se hallaba sentada en el suelo, demacrada y pálida, endilgando unos remiendos en sus vestidos. Doña Angela le contestó.

—Fué a casa de mi hermana.

—¿Le socorre ella?

—Me ayuda algo; pero no tiene, es muy pobre y ya no puede darnos... ¡Cuánto hemos sufrido!

—No se apure... Ya verá...

—¡Que no me apure!...

—Bueno, dejemos ya los lamentos. Paciencia y buscar, buscar.... —Y señalando a Adorsalva, preguntó:

—Y ésta ¿cómo se llama?

La joven presentóse mientras «señá» Clara seguía:

—Ayer ví a la otra; la saqué «por la pinta» ¡Si usted supiera cuánto me acordé de don Hermógenes! El me quería mucho; fuimos grandes amigos.

Un ¡ay! de dolor y de tristeza salió del pecho mal herido de doña Angela, mientras «señá» Clara lanzaba una sarcástica sonrisa, presintiendo quizá un triunfo futuro... La cínica embustera, hacía días que buscaba un pretexto. Vió a Zalamir en la «Recova» y la persiguió con sus miradas fulminantes que hacían estremecer a la infeliz criatura. Una vez se encontró ante la

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

socarrona hechicera y fué cuando ésta se enteró de quién era. Lo demás no tuvo que preguntarlo. La indumentaria de Zalamir y su físico decaído se lo dijeron bien claro. Enteróse donde vivía y allá fué, segura de hacer presa...

—Créame, señora, sólo por ellas estoy sufriendo.

—Cálmese... Ya verá como todo se arregla.— Y se levantó tirando en la falda de doña Angela una moneda de cinco pesetas. Y sin tiempo a que la viuda le diera las gracias, salió rápida, contenta, sin volver su fatídico rostro... Había dado el primer golpe.

Doña Angela, agradecida, llegó hasta la puerta. Quiso hablarle y no pudo. Intentó asomarse, pero, ¡el aire puro se le hacía hasta molesto! ¡Hacía tanto tiempo que el sol no alumbraba para ella!... Y mirando a su hija, exclamó, recordando el refrán: «¡Dios no desampara a quién cría!»

* * *

En el plano más alto de la esfera social también hay crápula, fango, misterios, enigmas horripilantes, siempre ocultos tras el brillo de los velos de la etiqueta. ¡Oh, la sangre azul, la aristocracia plena y los adinerados mil! ¡Cuántos estaréis sufriendo en silencio el remordimiento agudo que os causa vuestra infamia oculta o vuestra conducta indigna! ¡Cuántos, al llegar su postrer hora, inquieta el alma y acusa-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

dos por la conciencia, os marcháis desesperados, dando bufidos, hacia el limbo tenebroso!

A uno de estos vampiros de la humanidad doliente, mónstruo más que hombre, nacido entre el lujo y el mimo, con una carrera brillante, y popular por sus «correrías donjuanescas», a fuerza de dinero y aprovechándose de la infelicidad, músico y considerado en todos los centros sociales de Santa Cruz de Tenerife, servía la fatídica «señá» Clara, la mujer de perversos pensamientos. Y hacia él fué descarada, frío el corazón y con el alma en las tinieblas, a brindarle aquel silvestre lirio del Jardín de las Hespérides, que sólo inspirar podía sentimientos de dolor y caridad.

Y el hombre empedernido, dió órdenes a la bruta hembra que volvió una y otra vez a casa de la viuda de Tiasa, que recibía, inocente, el dinero que «señá» Clara le entregaba, manifestándole que era de un protector que deseaba hacerles bien.

Para la familia Tiasa comenzó otra vida. Estaban más decentes, más limpias. En los rostros demacrados volvieron a lucir, tersos ya, los colores propios de la vitalidad juvenil. Todo se fué normalizando, con orden, hasta que llegó la hora fatal. La bruja infame, propuso, insistió, pero no obtuvo victoria.—Volveréis a la miseria,—repetía «señá» Clara, ante la resistencia de

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

doña Angela.—Sois mal agradecidas. Piénselo bien, doña Angela, mire...

—No, no quiero ni pensarlo.

—Mire que no volveré.

—No vuelva, márchese... ¡Vender a mis hijas!

—Ya le pesará; sí, le pesará—. Y se marchó, dando graznidos de rabia, cual ave de rapiña que perdiera su presa.

La Tierra se oscureció de nuevo para aquella familia; y la estancia modesta y limpia, se convirtió por vez segunda en pocilga.

Los días pasaban... lentos, desesperantes... El decaimiento se apoderó nuevamente de doña Angela, y todos sintieron hambre, pero la zorra acecha. Lo que el Destino tiene anotado en el debe de las almas no puede ser borrado por la débil voluntad del hombre. Para ello habría que superarse, elevar el espíritu y actuar con arreglo a otras leyes que no están al alcance de los que sufren y lloran, de los débiles e ignorantes; de los que desconocen su propia existencia; de los que no han despertado el Yo interno que duerme en todo ser.

Sí; «señá» Clara acechaba... ¿Cómo iba a perder este lance que tanto le había costado? Se entera por Zalamir de la enfermedad de doña Angela, de la negra situación en que viven, y prepara y reanuda el ataque.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

—Usted no tiene razón. Ya ve, por su culpa está enferma, sin nada en la casa.

—No puede ser. Si de mi se tratara... ¡Oh, por mis hijas, todo, la vida!

Zalamir y Adorsalva oían... Y se abrazaron, ahogadas en lágrimas, que hacían vibrar, rápidas, hasta las fibras del corazón de una fiera. Zalamir sintió desfallecerse; se agotaron sus fuerzas, se nublaron sus ojos y cayó junto a la puerta. Allí, ayudada por su hermana, se repuso. Y volvieron a oír.

—No piense más, doña Angela. Sálvese, salve a sus hijas. Comprendo que es un sacrificio; pero, ¿qué va usted a hacer? No tiene alimentos, necesita el médico y ya no debe vacilar.

—Sí; comprendo que estoy mal; pero...

—No sea así. Peor es la muerte. Mañana, cuando usted muera—continuaba la «celestina»—les sucederá cosas más horribles. Arrastrarán la miseria; caerán en manos de un cualquiera; serán de todos.

—¡¡Oh!!—exclamó la viuda pensando que había razón en aquellas palabras—. ¿Será posible?—Y calló; meditando sobre aquella realidad infernal que la *fascinante* le pintara.

—Sí: caerán en las garras de un cualquiera; serán públicas. — Y después de realzar estas frases punzantes, esperó.

—Pero...—pronunció la enferma.

—Nada de peros, doña Angela. Déjelo

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

de mi cuenta, que yo lo arreglo todo. Estése tranquila. Volveré más tarde; pero quedamos en eso...

La viuda no pudo hablar; estaba vencida; y alcanzada la victoria, la astuta «señá» Clara se retiró a comunicar a su jefe empedernido la horripilante nueva. Al salir, encontró llorando a las dos hermanas, pero ¡aquello le importaba tan poco!... Y sólo dijo a Zalamir:

—No llores. Tienes que salvar a tu madre... ¿No ves que está enferma?

—No, yo no quiero—. Y la sentenciada criatura se cubrió el rostro pálido, llena de vergüenza...

—Ten razón, boba. Bien se ve que los hijos no quieren a sus padres.

Esta frase hizo mella en Zalamir, que contestó:

—¡Oh «señá» Clara!

—Nada, nada. Ya sabes lo que tienes que hacer. De ti depende. Me voy, hasta más tarde.

Volvieron a abrazarse aquellas dos marchitas flores, mientras la madre, más muerta que viva, esperaba el fatal castigo.

* * *

¡Adiós, juventud de Zalamir! Tus quince años te han perdido; tu pequeña primavera te traiciona muy pronto, comenzando la vida en que ilusiones no tuvisteis ni sueños dorados soñaste! En tu jardín no hubo sino zarzas, abrojos y amarguras; para tí

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

no hubo placideces de cielo, ni arrullos serenos de olas marinas, ni el dulce acento de la palabra galante de enamorado que embriaga y adormece!...

¡Adiós juventud, juventud de Zalamir! ¡Cuántas ilusiones sin nacer han muerto ya en tu mente virginal!...

Y tú, Adorsalva, ¿qué piensas, qué presiente tu alma ante el suplicio de tu hermana que marcha al sacrificio?... ¿Acaso esperas el turno fatal? Es verdad. La sentencia debe cumplirse. También tú has de dar gusto a la verdugo y entregarás tu lozana juventud a la voluntad de la bestia humana. Prepárate, pues; el primer sacrificio servirá para que hermosees tu cuerpo y palpiten tus senos virginales y orles tu frente pálida con las perfumadas flores policromadas en tintes de la deshonra.

¡Adiós, juventud de Zalamir; adiós, doncella Adorsalva, toda *maya* y sueños orientales. Princesas sin castillos encantados, preparáos a subir al cadalso, y sin mirar al mundo, despedios de la luz y de la vida!... Preparáos a recibir una muerte extraña y singular: ¡La que deja con vida para sufrir el suplicio inquisidor y continuo!...

***

El sol habíase ocultado, y sólo alguna que otra estrella enviaba sus reflejos indecisos, vagos, a causa de las negras y plomizas nubes que se revolvían impetuosas

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

y bravas, amenazando tempestad. En las esquinas, las luces oscilaban por el brusco mover de los postes que el agitado viento produjera. Las calles de la tinerfeña urbe estaban desiertas... Quizá por ésto se notaba en el ambiente una triste pesadez que oprimía el alma... Algún trasnochador de los cafés pasaba de vez en cuando, envuelto en su gabán y con la diestra en el sombrero por temor a que le fuera arrebatado por el viento. Hora siniestra, escalofriante, de miedo y de inquietud, aún gozando del abrigo del hogar. Hora en que millones de infelices entregaban su vida, inconscientes, por una causa desconocida, allá en los campos donde se desarrollara la contienda mundial. Hora, en fin, en que se tramaba y corría sangre; en que el crimen, egoismo y vicios destrozaban a la humanidad inocente... Y también a esa hora de una noche canalla, se tramaba en la capital santacrucera una horripilante tragedia... ¡Cuántos y cuántos dramas de la misma índole se desarrollaron entonces! Pero a nosotros nos interesa solamente el que narramos... Y por fatalidad, por una de esas fatalidades de la vida, somos los encargados de estamparlo hoy, y juramos solemnemente que hubiéramos deseado ignorar los sucesos; pero el encuentro que tuvimos con los protagonistas de esta obra, a quienes hicimos promesa de escribirla, nos obliga a cumplir ese deber que pesa sobre nosotros.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

A las diez de la noche regresó «señá» Clara a la casa de doña Angela, y, tras ella, un hombre de corta estatura, de tez morena, bigote negro y con unos ojos relampagueantes y vivos. Vestía un traje azul marino, con un clavel rojo en la solapa. Se llamaba don Emeterio del Valle y García.

Con su habitual parsimonia, la astuta comenzó diciendo a Zalamir:

—El llegará de un momento a otro. Tú le recibirás, y ya sabes que te debes portar bien...

Las huérfanas criaturas no pronunciaron una palabra. Bajaron los ojos y casi podemos decir que vivían inconscientes en aquel momento de infierno.

—Y tú, Adorsalva, ya sabes, te retiras cuando llegue.

Apenas hubo concluido la orden, cuando se abrió la puerta. La figura arrogante de don Emeterio no les desagradó, pero, por instinto, las dos muchachas se abrazaron como para defenderse...

—Aquí tiene usted a Zalamir— señaló la intrigante a don Emeterio, que saludó con una sonrisa de farsante, descarada y burlona.

—Y tú, Adorsalva, lo que te dije—. Y volviéndose a don Emeterio—. Yo me retiro al lado de doña Angela.

Zalamir quedó sola con el hombre sin

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

conciencia, que tomó asiento al lado de la joven.

El blasfémico idilio comenzó a herir los oidos de la inocente. Luego fué estrechada su mano y creyó que su corazón se desprendia. Más tarde..., un abrazo estremeció el cuerpo de Zalamir, que pudo reprimir un grito de angustia, pero no un suspiro que entre el llanto oyó Adorsalva desde su escondite.

. . . . . .

. . . . . .

«Todo estaba consumado». La pobre niña, casi sin sentido, fria cual estatua de mármol, parecia una *magdalena* de cuyos ojos se desprendiera un rosario de lágrimas que pedian perdón y justicia a un mismo tiempo.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

CAPITULO VI

Ha veinte siglo que Cristo, sin afrentarse ni sentir odio ni venganza por la Humanidad que le sacrificara, llevó sobre sus hombros el pesado madero de redención. Este divino sacrificio, que sólo es dable llevar a cabo a los Grandes Iniciados, hizo su obra: conquistó a los pueblos, llevando a los corazones el sentimiento delicado y el amor puro... Pero los pueblos crecieron y, con el tiempo, olvidaron los principios de su doctrina... Y hoy, por doquiera se encuentra el mismo Cristo con el mismo madero. La Humanidad, siempre ingrata o quizá presintiendo que Aquel Amor sublime perdona siempre, quiere verle en un sacrificio continuo, clavado en la cruz... Y se puede afirmar, sin que se tema a caer en error, que todos han olvidado la Divina Figura, no obstante llevar pendidas del cuello las doradas reliquias bendecidas.

Sin embargo, el hombre continúa su triunfal marcha ascendente. Nos engaña-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

mos siempre al creer que las variadas transiciones por que atraviesa el alma en el camino de esta vida, son caídas que nos privan de la luz del Cielo, si son las que apreciamos por malas, o nos llevan al goce de la misma si son las que creemos por buenas.

¿Qué es lo bueno y qué lo malo? Cualquier actividad puede ser buena o mala relacionada con otra. Depende solamente de nuestro modo de pensar, de la elevación de espíritu, del escalón que cada cual ocupe en la infinita escala evolutiva. Pero no hay duda que la realidad tangible es la de que cada cual disfruta aquello que brota de la semilla que lanzara en cierto tiempo, en un ayer que nuestra alma es incapaz de recordar, al surco de su existencia.

Todo es bueno en la vida. El alma necesita pulirse, labrarse como la piedra bruta; pasar por una y mil pruebas; adquirir, hoy por el dolor y el placer y mañana por variados goces, la experiencia suficiente para poder entonces ser un *ente definido, cierto, eterno...* Necesario es que el hombre deseche de sí todo lo que relacionado con él encuentre malo, para que pueda elevarse más y más y llegue a ser una super-entidad; para que pueda disfrutar, después de este día de la Vida, allá en el Astral, en ese otro plano de materia más sutil, una existencia relativamente diáfana y de paz y no de remordimientos y zo-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

zobras: para que pueda gozar del inefable estado de otros planos superiores, y, si es posible, después de las sucesivas peregrinaciones, identificarse y ser en Aquel.

Pero descendamos a la vida irreal de nuestra época, a la vida de amargo positivismo en la que sólo el dinero eleva y engrandece y hace al hombre esclavo de sí mismo, poniendo a Dios por testigo de todos sus actos, santurroneando hipócritamente con el único fin de acumular el oro y emplearle cual arma mortífera contra sus semejantes; volvamos sobre los pasos de nuestros personajes, víctimas inconscientes, irresponsables ante nuestros ojos, aunque no ante la Sabia Ley que todo lo regula.

Doña Angela vestía también de hábito a pesar de estar condenada por su conciencia. ¿Por qué? ¿pensaría que ello era suficiente para evitar el sufrimiento en el más allá o creería que el Altísimo le había concedido las peticiones que a diario le hacía, blasfemando? Para no creerlo así, habría que suponerla una *pensadora*.

Doña Angela, pues, repetía sus oraciones, hacía promesas, y, al fin, obtuvo la realización de sus planes.

El lujo desmedido volvió a aquella morada. Las gentes no se lo explicaban, pero las murmuraciones volaban de boca en boca... Y las dos hijas que parecían geme-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

las, reanudaron sus paseos en la plaza de la Constitución.

Todos exhibían sus atavíos... No perdían fiesta. Hasta el varón mimado tuvo para sostener sus vicios, y una mujer que en noche de juerga degradante, supiera subyugarle. El derroche, costeado por don Emeterio, era asombroso, acostumbrando tanto a doña Angela como a sus hijas a una depravada vida de prostíbulo, vida que miraban ya muy natural hasta la indiferencia sin dar importancia alguna a la crítica que sobre ellas caía como lanceta venenosa... Y es que la repetición de un hecho, aunque denigre y ennegrezca los sentimientos y anule el alma, se familiariza tanto por la fuerza de la costumbre, que la mancha fangosa se introduce, se hace tan necesaria, que cuando se aparta de la vista, nos parece que falta algo imprescindible a nuestra existencia.

Doña Angela, que, a más de ser glotona, tenía el vicio de la ostentación, dados ya los primeros pasos hacia el abismo, no pensó o no quiso pensar en lo denigrante que iba a ser su vida, no obstante haber pasado por aquellas situaciones de hambre y desesperación. Por mucho tiempo se disculpaba ante sus amistades con una maestría asombrosa. Desarrolló tanto el ingenio y la facultad de invención, que rayaba en el prodigio. Nunca reflexionaba o estudiaba sus tretas y cuentos. Todo era espontá-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

neo, elocuente y siempre salpicado con algún chiste. Como volviera a la abundancia, siguió siendo generosa; pero la bondad de su juventud se tornó en fiereza, que se hacía a veces insoportable.

Aquella casa se transformó un día, en un completo bacanal lícito y sordo; en una continua vida de orgía que espantaba... Pero en esta corta existencia, llena de engaños e ilusiones, todo hastia y cansa... Y sabido es que en general, el hombre, y más el rico, gusta de la variación, busca siempre algo, lo que sea, que sacie sus apetitos. Es constantemente insaciable, desea siempre, le atrae lo desconocido; ya le alegre y vuelva loco, ya le eleve a las cumbres más altas de la Ciencia.

Y es que mientras no encuentre en sí mismo el camino de la Verdad y el Bien, vivirá en un mar agitado cuyas olas son tinieblas, dolores y desdichas...

Cual hombre adinerado, don Emeterio fué enemigo de lo permanente, odiaba la estabilidad; y, como consecuencia, se cansó de Zalamir hasta el punto de no dirigirla el saludo. La casa relumbrona volvió a estar en peligro; pero... don Emeterio no pensó retirarse. ¿No estaba allí Adorsalva? ¡Y no se quiso, no se pensó siquiera en evitar el nuevo sacrificio!...

Pasó algún tiempo... Y un día, sin esperarlo, dejó don Emeterio de visitarlas. Habíase cansado ya de aquel ir y venir;

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

pero la causa principal, cosa que no pasó por la mente de doña Angela, fué que Adorsalva se sintió madre.

Había que matar, que destruir, si preciso era para no rodar, vertiginosas, por la torturadora pendiente de la miseria. ¿Y cómo?

Doña Angela había tenido a «señá» Clara por maestra; pero no se atrevía a ser agente del repugnante comercio, y tuvo que acudir de nuevo a la astuta vieja, ignorando que Zalamir había comenzado una nueva vida: vida de amor... Amor que inflamó de cólera a la madre, que veía fracasados todos sus planes.

Así fué. Zalamir irguióse, digna y valerosa, ante la ferocidad de su madre y los manejos de la vil intermediaria.

—¡Imposible!—les decía Zalamir—. Me marcharé, me arrastraré primero por esas calles de Dios, aunque muera de hambre...

Las dos viejas se miraron. Doña Angela cayó sobre su hija incapaz de defenderse.

—¡Ah, perra, por vuestra causa he llegado a tanto!

—Deje, deje, comadre,—dijo, interviniendo «señá» Clara, confiando en que llegaría una oportunidad.

Y a diario sostenían madre e hija luchas, en las cuales, por el amor, salía vencedora Zalamir.

Y cuando Adorsalva, después de sufrir un destierro hogareño de nueve meses dió

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

al mundo un ser más para aumentar su dolor y su desdicha, acabó de rematar su obra doña Angela mandando a la inclusa, por mediación de «señá» Clara, el primer fruto de las entrañas de la hija víctima. Una robusta niña, hija del lodo, se había salvado de la perversidad de una gente que yacía en la sima de la depravación.

¡Doña Angela no había tenido un rasgo de ternura más hermoso! El egoismo y la vergüenza y el temor a quedarse sin mercancía fresca y presentable que ofrecer a los mercaderes de carne palpitante, contribuyó a ello. Había que hacerlo así. Porque la sacrificada princesa Zalamir habíase redimido con su noble gesto de rebeldía. «Todos los hombres—dice Emerson—sienten escalofríos al recibir una nueva verdad, o ante una acción grande que sale del corazón de la Naturaleza.» Y ella recibió una, la mejor, la que salva: el amor, que jamás había acogido su puro corazón, virgen por la Gracia y deshonrado por el hombre. Zalamir amó, y, al amar, había abierto a Dios la puerta de su corozón hasta entonces desierto...

Adorsalva pues, sería la condenada para llevar sobre sus hombros la pesada carga de la vida de aquel bacanal. Ella no conocía el amor. Su alma cerraba herméticamente las puertas a toda sutil emanación de ensueño amoroso. Pero aún así, ¿no tendría fuerzas para evitar ser coronada con el

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

laurel de triunfo del satánico fuego que aterra?... ¿Y cómo, si su alma no había despertado o nacido, si fué arrastrada por tempestuosas corrientes de la vida o por no sabemos que ley? ¿Cómo, siendo inocente y virgen en espíritu, va a ser responsable ante los ojos de Aquél? ¿Tendría Adorsalva resignación para decir a Dios como a la Juventud el poeta?:

«Préstame de tu alegría
la virtud para que pueda
llamar siempre a las espinas: «mis hermanas»
y creer en la inocencia
de las cosas más hostiles, y pensar que todo es bueno
porque Dios así lo quiere, porque Dios así lo ordena».

Salvada Zalamir, sólo Adorsalva podría apurar hasta las heces el acíbar del dolor...

¡Pobre Adorsalva!... Ni siquiera te sentiste madre hasta el momento supremo en que a tí llegó el llanto de tu hija que alejaban para siempre de tu lado!...

¡Terrible realidad que despertara en tu corazón juvenil otro mundo y otra luz, al hacerte sentir el sentimiento maternal, al mismo tiempo que enseñarte tus verdugos! Sí, tus verdugos sociales porque no fue tu madre quien cometiera el crimen en tu carne, quien blasfemara ante tu espíritu!

Ese mundo y esa luz, no la dejaron ser madre, pero el velo descorrido que le dejara ver tantas negruras, ¿volvería a nublar sus ojos?

La mujer que, aún sin voluntad y amor

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

haya llevado en sus entrañas un ser y sentido el llanto de esa parte de su propia existencia, que parece reclamar siempre el bondadoso pecho materno, y, además, se sienta esclava por ásperas conciencias, tiene al fin que erguirse, rebelde, aunque aturdida duerma en la sima de las espesas tinieblas. Y protestó; pero su protesta cayó como una maldición sobre doña Angela, que, en su furor, desesperada y cruel, acalló con su autoridad la rebeldía de la joven madre.

«Señá Clara, viendo que se iba de sus manos un brillante negocio, habló a doña Angela.

—Venga, comadre, venga. Esto se arregla todo, venga.

—Déjeme, Clara, déjeme que acabe con ella... ¡Malas hijas, que queréis terminar conmigo!... ¡Yo os diré!...

—Venga, venga...—repitió diabólicamente «señá» Clara.

. . . . . .

Por las fosas nasales de Adorsalva, bajaban torrentes de sangre que se mezclaban con las primeras lágrimas de santidad que emanaran de sus ojos. Desahogado su pecho, sintióse como nueva, con fuerzas para vencer.

¡Oh, tu inocencia, Adorsalva, que ignoraste de lo que era capaz la maldad hecha *mujer!.... ¡Que ignorabas que el hambre es* un enemigo engendrado y sustentado por

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

el hombre! ¡Terrible enemigo es el hambre, Adorsalva inocente, que no pensaste que si el hambre fué creado por los hombres, éstos se han transformado en hambre, en enemigo de sí mismos.!

. . . . . .

—Siéntese aquí, comadre. No se apure... —empezó «seña» Clara.

—¿Y a dónde voy?... Si ésto no puede ser. Si ya no hay nada en la casa.

—No se apure... Yo lo arreglo.

—¿Y cómo?

—Yo lo arreglo... pero usted me deja hacer.

—¡Jesús, comadre, lo que quiera! Con tal...

—Bien...

—¡Bueno fuera!

—Yo conozco un hombre, que por un par de duros... nos arregla el asunto.

—¿De veras? ¿Y cómo?

—Usted verá... Déjelo de mi cuenta.

—Bueno, comadre, bueno. Pero pronto.

—Hay que hacer un viaje...

—¿Adónde? Yo no tengo... Apenas me queda para engañar la boca.

—Pues hay que ir al Puerto de la Cruz.

—¡Jesús! ¿Y quién va allá?

—No se intranquilice. Yo me voy ahora y preparo todo... ¿Tiene usted un retrato de Adorsalva?

—Sí... ¿Para qué?

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

—Pues démelo, ande, que no hay que perder tiempo.

Y salió de la habitación de doña Angela. Cuando atravesaba por la sala envió a Adorsalva una siniestra ojeada, que hizo temblar y ladrar a «Rey» que se había echado triste a los pies de la joven.

Aquel día lo pasó doña Angela desasosegada, intranquila, pensando en la forma en que su comadre iba a solucionar su situación apurada; pero se quedó conforme por aquel «*no se apure*» de la astuta, que equivalía a una plena convicción.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

CAPITULO VII

Señá Clara era conocida de la «curia» más selecta de la capital santacrucera y había ofrecido un lance a un cliente que se gastaba muy abundantemente los «cuartos». Se entrevistó con él y pidióle a cuenta algunos reales después de prometerle que pronto volvería a visitarlo. Seguidamente tomó el coche-correo que hace el itinerario por el Norte de la isla y llegó al Puerto de la Cruz.

En las afueras de esta población y en una vetusta casa, vivía la persona que buscaba. Al llegar, tocó suavemente con la pequeña y herrumbrienta aldaba que pendía de la puerta semientornada... El silencio reinó, haciendo que «señá» Clara repitiera más fuertemente los toques de llamada. Pero no obtuvo respuesta... Inquieta ya, se decidió a penetrar... La casa se componía de dos habitaciones, con piso de tierra. La primera, que servía de sala, estaba pobremente amueblada: contenía un viejo sofá de rejilla, una mesa, un par de butacas hechas en el país y con fondo

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

de cuero y una mugrienta y carcomida cómoda, sobre la cual se veía un quinqué, un tintero, una pluma y algunos papeles desordenados.

«Señá» Clara palmoteó fuertemente, y nada.. El silencio continuaba alterando sus pulsaciones...

—¿No estará? Pues hemos perdido el viaje, dijo tartamudeando; pero no tan bajo que dejara de ser oída por el dueño que salía de la habitación contigua.

—No, no lo has perdido. Ya estabas desesperada.

—¡Jesús!, me asustó...

—Lo sabía.

—Pero, en fin, me volvió el alma al cuerpo.

—También lo sabía.

—Usted todo lo sabe.

—Todo...

—A ver... ¿Sabe a lo que vengo?

—Lo sé todo... Te vi entrar.

—¡Bah! ¡Bah!...

—¿Vienes a lo mismo de hace tres meses?

—¡Jesús! Es verdad...

—¿Traes...?

—Sí, señor, lo traigo.

—¿Y...?

—También. Aquí está. Está fresquesita, como acabada de hacer.

—Bien, bien... ¿Y algo de ella...? ¿Y su nombre?

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

—Todo está en esa cajita... ¿Cree que se me iba a olvidar alguna cosa?

—Ya veo que tienes memoria... Te voy a dejar por heredera.

—¿Cómo heredera?

—Sí; de mis... Bueno, bueno, déjame trabajar.

—¿Entonces?

—Si sé de lo que se trata.

—¿Seguro?

—Sí, mujer. ¿No quieres lo mismo que hace tres meses?

—Sí; pero..., ha sido madre: tuvo una niña hace poco.

—Bueno: pues vete y vuelve a las dos horas, no importa eso.

Iba a salir «señá» Clara, cuando dos señoras encopetadas y una joven que representaba de dieciocho a veinte años, interrumpieron su paso.

—Pasen, pasen,—díjoles aquella—el señor que buscan está...

—Gracias—contestáronle amablemente ellas, dejándola salir.

—Adelante, adelante,—se apresuró a decir el dueño de la casa—.Las esperaba.

—¿Nos esperaba?

—Sí, señoras...

. . . . . .

Así se las pasaba a diario este personaje desconocido para el lector. Gentes de todas clases, desde la más baja hasta la más alta alcurnia, acudían a aquella casu-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

cha solitaria en solicitud de servicios que prestaba el misterioso señor del que se hacían mil historietas cuyo interés y curiosidad le hizo adquirir numerosa clientela.

Unas pretendían descubrir allí los secretos de sus maridos; otras buscaban el modo de realizar el matrimonio; y, las más, iban en solicitud de medicamentos. Todos salían satisfechos, y muchos que creyeron ver solucionados sus enigmas, pregonaron los prodigios que realizaba aquel hombre. La fama cundió por toda la isla, extendiéndose hasta otras del Archipiélago de las que también venían solicitando algún remedio.

. . . . . .

Después de recibir instrucciones de nuestro desconocido y lo que a buscar fuera para sus proyectos, «señá» Clara regresó a la Capital tinerfeña. Tomó el vehículo que conduce la correspondencia hasta el empalme que hace la carretera del Puerto con la general de la isla que termina en Buenavista, y allí esperó, como el demás pasaje, el coche-correo que había de conducirla a Santa Cruz.

El coche venía casi repleto de pasajeros, entre los cuales, un grupo de estudiantes de distintos pueblos se dirigían a La Laguna.

Estos se apretujaron para que «señá» Clara tomase asiento, quedando ésta en uno lateral y con sus paquetes sobre sí

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

misma, pudiéndose notar en su actitud que no quería desprenderse de sus «bellillos».

—*Deque*, señora—díjole un estudiante a la par que hizo por coger de sus faldas la caja de cartón y paquetes que «señá» Clara llevaba.—*Deque*, yo se los coloco bajo los asientos...

—No, gracias—contestó, rehusando, y apretando contra sí su molestante carga; rehusar brusco que hizo que el estudiante alargara el cuello hacia sus compañeros, con gesto de admiración y un guiñar de ojos, que provocó estrepitosas carcajadas entre ellos.

—De mal agradecidos está el infierno lleno—murmuró uno.

—Frescos, desvergonzados—pronunció entre dientes ella, mientras les lanzaba una mirada fulminante de rabia.

El coche corría raudo, estrepitoso, hacia Santa Cruz, dejando atrás el inmenso y variado paisaje orotavense, de singular belleza. El suave perfume de las retamas, los cantos y chistes de los estudiantes y alguna que otra copa de tinto que en las ventas de parada escanciaban todos, hizo que las molestias del viaje pasaran desapercibidas. Solamente «señá» Clara se mantuvo seria y de malhumor, sin sonreir siquiera ante la continua alegría de aquellos traviesos jóvenes.

Por fin, el coche hizo escala en la plaza

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

de la Antigua, en La Laguna. A empujones bajaron los estudiantes del vehículo, contentos, ávidos de recorrer aquellas calles conocidas y de recrearse de nuevo ante las vegas armoniosas donde tantas veces disiparan sus nostalgias. Pero las risas se acallaron, y todos, ligeros, comenzaron a recoger unos objetos que se extendieron próximos a ellos. Y es que uno, al dar un revuelo para saltar fuera, hizo caer la pequeña caja de cartón que «señá» Clara traía entre su equipaje.

La vieja rugió cual leona hambrienta; pero tantas manos a recoger, el chófer dando prisa para partir y los estudiantes huyendo del chaparrón que podía lanzarles la brava mujer, no dejaron que se desencadenara la tormenta. Unicamente el culpable del incidente, Ernesto Fierro, a quien el lector conoce por haberse hecho una mera mención de lo que narramos, dirigiéndose a ella, tímido, habló:

—Perdone... pero, no fué con intención...

—¡Haga el favor, no tengo que perdonar nada, mal educados!—Y seguía mirando con interés los objetos que trajera en la caja.

—Bueno, señora...

El correo arrancó, terminando el acre diálogo. No había aún doblado la esquina para bajar por la calle de la Carrera,

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

cuando se acercó a él un harapiento niño con un retrato en la mano.

—Mire, señor; ¿es de usted?

—No, a ver... Seguramente es de la viejona esa; pero deja, yo se lo daré.

Y se quedó con la fotografía, exclamando: «¡Caramba, es guapa!» Y luego, como quien se acuerda de algo: «¿Y aquel muñeco?» Es la misma imagen... ¿qué quiere decir ésto?...

De las cosas que Ernesto recogiera del suelo, fijóse en una que tendría de diez a doce centímetros de alto, objeto cuya forma de mujer moldeada en cera blanca, era la misma que aquella que aparecía en el retrato.

. . . . . .

El estado de doña Angela era grave, difícil. Desconfiaba, presentía, algo funesto, creía volver a la miseria; el fantasma del hambre le aterraba... Pero, al siguiente día, «señá» Clara hizo que se disipara de su mente tanta desconfianza, poniendo en conocimiento de la viuda su macabro proyecto.

A eso de las cinco de la tarde, «señá» Clara, con su habitual parsimonia, organizó una merienda íntima, familiar; merienda que había de ser la trampa donde Adorsalva caería sin protestas, bajo el pérfido mandato de un brebaje infernal que el hombre del Puerto preparara a «señá» Clara.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

La merienda celebróse en armonía... Pero, de repente, sin que aún hubiese transcurrido una hora y entre la charla al parecer sincera y cariñosa que ocultaba el secreto conjuro, Adorsalva comenzó a golpearse la cabeza, desesperada, loca, sin poder pronunciar una palabra, ni un grito de desahogo... Por sus mejillas rodaron lágrimas de un esfuerzo sobrehumano; un copioso sudor la invadió, y, dando traspiés cayó sin sentido ante el terror y el asombro de la madre y ante la impávida crueldad del alma negra de su cómplice.

Los llantos de Zalamir comenzaron a preocupar a «señá» Clara. El miedo, el instinto de conservación, puso en actividad a las dos intrigantes, y una y otra por su lado hacían remedios para calmar el estado de postración lastimera que tenía todos los síntomas de un fatal desenlace.

La infame serenidad de la astuta y su inhumana calma, se habían alterado. Zalamir lloraba; y, la viuda, temiendo siempre a la justicia de los hombres, volvíase loca inventando remedios con que atenuar la gravedad de Adorsalva. Pero nada...; ésta continuaba en el mismo estado... Zalamir, sin contar con nadie, salió en busca del médico, mientras doña Angela decía a su comadre:

—¡Ay, Clara, si se muere!

—¡No me diga!... ¡Cuánto me pesa!

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

—No quiero pensarlo. Y si le hacen la autopsia... ¡Dios nos asista!

—¿Qué, comadre?

—¡Jesús, Jesús! Si le hacen la autopsia descubren... ¡Lo descubren, comadre!

—Pero... ¿qué hago?... ¿qué dice? Diga, diga...

—Yo no sé, yo no sé...

—Jesús, me voy, me voy.

—No, comadre; no me deje sola.

—Hay que buscar el remedio, déjeme; voy a buscarle... El lo arreglará.

—¿A quién?... No nos deje; no me deje sola.

—Si vuelvo pronto.

Y la «celestina», atemorizada ya, voló... Y doña Angela quedó en un estado difícil de expresar por el autor. ¿Qué hizo, qué pensaba? Nosotros creemos que en aquel momento su mente quedó atrofiada. Su sangre fluiría rápida por todo su organismo; pero ella, seguramente, quedó sumida en las tinieblas de una inconsciencia que hace pasar por el sentido común, cual la pesadilla de un sueño, todo un cuadro de horrores y fantasma que aterran...

. . . . . .

«Señá» Clara salió a la calle y sin darse cuenta se introdujo en la casa de su cliente: sin pedir permiso, sofocada...

—Por Dios, don Gaspar, corra, corra... Ande... Estamos perdidos... ¡Jesús don Gaspar, corra!...

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

—¿Pero que pasa?...
—¡Corra, ande!...
—Pero dí, cuenta...
—¡No hay tiempo, ande, por Dios!...
—¿Estás loca?
—¡Ay, Dios nos ampare!

Don Gaspar no sabía una palabra. Estaba perplejo. Aquella actitud de la intrigante, inesperada, le confundía...

—¡*No te entiendo*!
—¡Jesús, el brebaje, el brebaje de todos los diablos!
—¿Cómo el brebaje?
—¡Corra, ande, ande, por Dios, que se muere!—. Y haló por él que se dejó conducir maquinalmente hasta la casa de su difunto amigo donde otra noche hubo de ser el alivio y el consuelo de aquella familia hambrienta y miserable.

Al entrar, el doctor Enrique iba a salir.
—¿Qué hay, doctor?
—¡Cómo! ¿Tú por aquí?
—Sí, ¿qué pasa?
—Mal, muy mal. Si te digo la verdad, yo no sé lo que tiene. En fin, voy a estudiar el caso.
—¿Y quién, quién está enfermo?
—Entra, volveré pronto.

Don Gaspar miró a «señá» Clara y ésta le dijo a la vez.

—Calle, por Dios. Adorsalva es la enferma, la hija de doña Angela, le dimos un brebaje para...

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

—Calla, calla...

Don Gaspar no había vuelto por aquella casa. Sus negocios no le permitían tener presentes ni siquiera todos los asuntos de interés, y después de su viaje a Londres, no recordó más a aquella familia. Así que, cuando se halló frente a su amiga de otro tiempo y pensó que por su culpa se había cometido casi un crimen, se encontró débil, avergonzado, humillado, creyendo aún en la honradez de los que le parecía eran sus víctimas.

Por fin, él comenzó:

—Angela, perdona...

—¡Tanto tiempo sin verte!...

—Ha sido la fatalidad.

—¿Dónde has estado?

—Nunca pensé que yo pudiera hacerte daño.

Hasta aquí, este diálogo, sin concierto, sin hilaridad, dicho maquinalmente por ambos, tomó su debida ordenación al decir don Gaspar su última frase, contestada por ella:

—¡Jesús!, ¿qué dices hombre?

—Sí; te he hecho un daño horrible; perdóname; pero fíjate que yo ignoraba que tu hija...

—No tontees, Gaspar.

—¿Qué te hace falta?... Toma...

Y dirigiéndose a la vieja «Celestina» añadió:

—Y ahora, tú, Clara, pronto. El médico

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

no puede curar eso. Busca al que te compuso ese maldito brebaje. Yo pagaré todo, todo... Que venga hoy mismo, esta misma noche, pero pronto.

—Es que no vive aquí.

—Donde quiera que viva. Toma ese dinero, alquila un «auto» y vuela... Anda, anda—Y empujó a la cómplice embustera hacia la puerta.

. . . . . .

El brebaje infernal que tomara Adorsalva no era mortal; podría darse el caso de muerte en una persona enferma o desgastada; pero no en aquella joven fuerte y robusta. Así que, el estado de gravedad fué aparente, propio efecto del «compuesto de Luzbel», que había de trastornar su organismo. Hasta las once de la noche, su estado fué lamentable. A veces no cesaba: se retorcía, echaba espuma mal oliente por la boca... En los intervalos de calma, la invadía un sudor copioso y frío, que la dejaba sin fuerzas. En uno de éstos, abrió los ojos y dijo, gritando:

—Me han matado, me han metido en el infierno... ¡Jesús, Jesús, dónde estuve!

—¡Cálmate, mujer, ya se te pasa!—díjole la madre.

—Retírense de aquí, no quiero a nadie... ¡Esto es horrible! ¡Me han matado, me han matado!...

El médico que entraba oyó sus últimos gritos y tuvo esperanza. La observó...

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

—No hay novedad. ¿Qué le han hecho?

—Nada, aparte lo que usted le mandó.

—Bien, muy bien. Una inyección ahora y calma y silencio para que descanse.

—Miró su reloj, que marcaba las once, y la joven fué inyectada. No habían pasado cinco minutos cuando un grito desesperado, desgarrador, se fué espontáneo de la pobre paciente, cuyos ojos de asombro, fijos con esfuerzo terrible en el vacío, lanzaban una mirada inmóvil en una silueta humana que ella creía ver.

—Miren... ¡Dios mío!... Un hombre, un hombre...—Y calló, extenuada, bajando los cansados párpados y lanzando vagos gemidos de dolor interno...

Todos se miraron estupefactos, llenos de terror y sobrecogidas sus almas. El doctor Enrique se encontró perplejo.

—¡Socorro!—volvió a gritar Adorsalva—¡Socorro, se me acerca, soco...!—Y quedó de nuevo fría, inmóvil.

El médico dió nuevas órdenes. Zalamir sollozaba, y don Gaspar permanecía ensimismado en sus propios pensamientos.

Por un momento hubo un silencio que amedrentaba, una tregua de calma y quietud que parecía hablar del más allá... De pronto, inesperadamente y temblando todo su cuerpo, se levantó don Gaspar enarbolando un puñal en la diestra... El doctor corrió hacia él, pero fué tarde; la hoja de acero había sido lanzada vigoro-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

samente en la pared, rompiéndose en dos pedazos.

Don Gaspar cayó desvanecido.

Cuando volvió en sí, dijo a su amigo Enrique:

—He matado a un hombre.

—Pero, ¿tú también?. .

—No sé lo que me pasa; pero te juro que ví al hombre de que habló Adorsalva... No pude contenerme y me lancé hacia él. Cuando hundí el puñal, me dió la sensación de que había sido en su pecho.

El médico calló, y tendiendo la mano por los hombros a su amigo, le llevó hasta el «auto» que se encontraba a la puerta...

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

CAPITULO VIII

A las once y veinte minutos de la noche llegó «señá» Clara a la puerta de la vivienda de nuestro hombre desconocido.

La luz del quinqué tocaba a su fin y la habitación semioscura en el silencio de la noche tan propicia a todas las transiciones mentales, retirada de vecinos y casi oculta a los ojos del transeunte, llenaba de pavor, hacía estremecer el cuerpo por recios escalofrios y alterar las rítmicas palpitaciones del corazón más fuerte... «Señá» Clara empujó precipitadamente la puerta, con todas las hercúleas fuerzas de la excitación nerviosa de rabia y de odio que provoca un estado anormal, y la trancada hoja crujió rápida, desquiciada hacia el duro madero que formara el hueco. Dió dos o tres pasos, de prisa, creyendo encontrar al hechicero en su dormitorio y se detuvo aterrada, retrocediendo ante el cuadro de muerte que se presentaba a su vista y dejándose apoyar en la pared para no caer.

La humeante sangre llegaba hasta el

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

umbral de la fúnebre casa, donde tantos dramas horripilantes se habían forjado y donde quizás, las víctimas de aquel mago negro empedernido, eran testigos invisibles de la última tragedia. Nuestro hombre desconocido, yacía en el viejo sofá de rejilla, tibio aún y manando sangre por el pecho.

«Señá» Clara salió tambaleando. Aquel hallazgo inesperado hizo descender el estado de alta excitación en que se hallaba, hasta el extremo de encontrarse sin fuerzas para llegar hasta el «auto» que la esperaba a cien pasos de aquella cueva infernal del hechicero. Pero el aire frío y el interés de ocultar su anormalidad al chófer, la hizo tomar nuevo aliento. Ya en el coche se arropó con su sobretodo y partió hacia Santa Cruz. Cuando llegó a la puerta de la casa de la viuda, el chófer tuvo que llamarla. Tan grande fué la impresión recibida que su alma depravada se había sumido en un silencio de piedra, en un adormecer inconsciente. Al entrar, encontró a su comadre alegre, sonriente por la mejoría de Adorsalva y porque estaba en la seguridad de tener a su amigo, don Gaspar, como a un manso corcel por las bridas.

Al siguiente día, la Prensa de la Capital daba la noticia del misterioso asesinato. Las autoridades comenzaron la debida investigación pero ninguna huella que les

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

pusiera sobre la pista pudieron hallar. Por las manchas de sangre que «señá» Clara dejara en el rastro de sus pisadas, dedujeron que una mujer había sido la autora del hecho; pero las huellas de los zapatos desaparecieron al montar en el auto y las de éste se confundieron con otras a lo largo de la carretera. Y en el misterio quedó el suceso que tanto dió que hablar en el Puerto de la Cruz. ¡Cuántos y cuántos inocentes han pagado con la cárcel y hasta con la vida crímenes que no cometieron!

¿Qué faltó para que «señá» Clara fuera víctima de la Justicia? Con sólo que el chófer se hubiese dado cuenta de los comentarios o informaciones periodísticas, hubiera pagado cara la muerte de aquel hombre y envuelto a sus cómplices en un grave y enorme proceso. Pero Dios no lo quiso...

El relato que hizo «señá» Clara intranquilizó a don Gaspar, y, desde entonces, su voz interna, voz inmanifestada del Yo, le acusó de un crimen. Temía al posible descubrimiento, si andando el tiempo sabía la Justicia que «señá» Clara penetró en la casa del muerto la noche del suceso; temía además a la crítica y al disgusto que podía ocasionar a su familia. Sobre todo, a su segunda esposa, con quien había contraído matrimonio, quizá por intereses y por tener una «mujer vistosa» que presentar en sociedad.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Lo cierto es que don Gaspar pensó desde entonces en el insólito caso misterioso que presentía había relación con su proceder en la noche de la enfermedad de Adorsalva, hasta que un día, después de algún tiempo transcurrido, el atormentador presentimiento se transformó en realidad, al oír en el reservado de un café una pequeña discusión sobre ocultismo que un sacerdote, amigo suyo, sostuvo con un joven estudiante, a quien conociera entonces.

El católico sacerdote, que jamás tuvo ante sus ojos las páginas más rudimentarias de un tratado de magia, se limitó, al fin, a hacer preguntas a Ernesto Fierro, que no era otro el estudiante, como niño atemorizado y sobrecogido ante la conversación que expresara increíbles fenómenos maravillosos.

Don Gaspar, con no menos temor, oía atento, boquiabierto y con extremado interés, las palabras dichas por Ernesto, que, animado por haber conocido en don Gaspar el visitante de la familia Tiasa, dió a aquella reunión un carácter de sesión misteriosa, que aterraba a medida que se extendía la expresiva narración de prodigios super-humanos.

Y, sin dominio alguno, fascinado por las afirmaciones de Fierro, a quien creía iniciado en tantos misterios, preguntóle:

—¿Y existe en realidad el hechizo?

—Ha existido siempre. Es una parte de

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

la Magia Negra. Unos, conociéndola, jamás harían uso de los poderes, pero hay gentes que la emplean para sus fines egoistas. Estos poseen poderes, limitados, es verdad, pero, al fin, poderes que gobiernan ciertas fuerzas capaces de hacer daños horribles...

—Pero, ¿usted cree en realidad...?—Volvió a interrogar don Gaspar.

—Indudablemente...

—Leyendas, leyendas—dijo en tono despectivo el sacerdote.

—Quizás; pero yo lo afirmo, creo... Las fuerzas no conocidas de la Naturaleza, la astrálica, la mental, pueden ponerse bajo el dominio del espíritu, que es la fuerza superior a todas. Ahora bien: el mago negro tiene oscurecida el alma, usa y abusa de sus poderes, dirige mal las fuerzas, y, al fin, retroceden sobre él, fulminantes.

—¿Retroceden?... preguntó maquinalmente don Gaspar.

—Sí; ley que se observa aquí en el físico —asintió el sacerdote.

—Pues lo mismo se efectúa en los planos superiores.

—Es curioso,—decía el sacerdote a don Gaspar—; curioso y digno de estudio.

—Hace algunos meses,—comenzó don Gaspar—estando yo en Londres, me relató un amigo inglés, un caso que me hizo reir por la credulidad con que me hacía la historia; pero que al mismo tiempo me inte-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

resó. En fin, el hombre creía haber matado a un individuo que desconocía, estando éste en Liverpool y él en Londres.

—¡Oh!—exclamó Ernesto Fierro—. Yo conozco varios procedimientos mediante los cuales se puede causar la muerte sin que se puedan averiguar las causas que la producen a no ser por otros pertenecientes a la misma ciencia ocultista.

—¿Y cómo?—preguntaron a la vez don Gaspar y el sacerdote.

—Para los *pocos* que creemos en esa Ciencia, es muy fácil... Todos los fenómenos se producen y se fundamentan en leyes desconocidas por el vulgo, pero que para el *iniciado* son tan naturales como cualquier otra ley vulgarizada.

—¿Y de qué se valen para poder...?—insistió don Gaspar...

—No lo creo... ¡Pero si es inverosímil!—replicó el sacerdote, interrumpiéndole.

—Hay tantas cosas que al parecer son irrealizables!—contestó Fierro.

—Pero, cómo... ¿cómo puede ser?—repitió don Gaspar, interesado en descifrar «un algo» que ignoraban sus dos compañeros.

—Antes de seguir, les diré que el hombre no puede pensar lo no existente, aunque en muchos casos nos parezca lo contrario. Podemos pensar lo que creemos es absurdo, lo increíble, lo indemostrable; pero la efectividad del pensamiento existe, la elaboración de una entidad de materia

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

astral o mental, por la repetición de un pensamiento, es una realidad, invisible al sentido físico, pero que una voluntad poderosa gobierna como le plazca. Puede constituir un arma mortífera, pero también puede ser beneficiosa, según el fin que persigue el que la elabore. A esa entidad se le llama *elemental*. En general, el mago negro elabora sus elementales astrálicos y les ordena, cual a los esclavos aquí en la Tierra.

El procedimiento vulgar de hechicería es muy cruel, más repugnante. Le llaman el «embrujamiento por medio de un muñeco.»

—¡El del muñeco!... ¡Oh, oh!—murmuró sin darse cuenta don Gaspar.

—Consiste—continuó Fierro—en modelar, con cera blanca, recortes de uñas, cabellos, etc., así como ropa usada, una imagen lo más parecida a la víctima...

—¡Un muñeco de cera!...—Volvió a exclamar don Gaspar.

—¿Y luego?—interrogó el sacerdote, interesado.

—¿Y después?—preguntó al mismo tiempo don Gaspar.

—Todos los objetos usados y propios del hechizado, puestos en el muñeco, están impregnados de su astral, contienen una parte de este cuerpo fluídico del que hace uso el espíritu para actuar en el plano astrálico... ¿Comprenden?

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

—Me hago una idea—asintió el reverendo.

—Sí, sí—tartamudeó don Gaspar.

—El mago, pues, en su lúgubre estancia y a eso de la media noche, aprovechando el sueño de la infeliz víctima, invoca una y otra vez, ante la imagen de cera, con todas las ceremonias del rito, el espíritu del embrujado que actúa en el «astral». Ya sea por la ley de simpatía o armonía que existe entre aquel cuerpo fluídico y la parte de materia de la misma naturaleza que hay en el muñeco, ya por el dominio que ejerce la concentración del pensamiento sobre el sujeto escogido, lo cierto es que el «cuerpo astral» del hechizado se pone en contacto con aquella su segunda imagen de cera...

—¿Es posible?—interrogó el sacerdote.

—¡Hay que ver!—exclamó don Gaspar.

—Después de varios ejercicios y prácticas, el mago puede disponer de la persona que hechizara, atormentándola por lo común con alfileres, hasta el punto de volverla loca, pudiendo darle muerte si la imagen de cera es atravesada con un puñal.

—¡Cuentos de brujas! Siempre he oído esos inventos de la imaginación de gente inculta, que sólo sirven para atemorizar a los ignorantes—replicó el sacerdote.

—Esperaba la respuesta. Para creer en esta Ciencia hay qué leer mucho y bien,

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

y luego... investigar, practicar...—Contestóle Fierro.

—Quiere decir que usted...—le dijo don Gaspar.

—He leído algo, conozco...

—Podemos...—Comenzó el sacerdote.

—¿Por qué no...?—Interrumpió don Gaspar.

—Yo no soy aficionado a esas prácticas... He leído... Pero, seguramente, ustedes no encontrarán gentes empeñadas en demostrar algún fenómeno. El que ha nacido para ser mago, lo será irremisiblemente. Y el que quiere encontrar un camino debe buscarlo por sí mismo y en sí, nunca sentarse a esperarlo ni buscarle fuera...

—Es decir...—dijo el sacerdote, levantándose.

—Que dejaremos la charla—respondió Fierro a sus dos oyentes—y háganse la cuenta de que nada he dicho—. Y despidióse del incrédulo sacerdote.

—¡Cómo!—preguntó admirado y casi sin querer, don Gaspar, a las últimas palabras de Ernesto.

—Observo, don Gaspar, que usted es mejor creyente que su amigo.

—Tiene usted razón. ¡He oído relatar tantos hechos!... Pero dígame: ¿de qué otra forma puede matarse a un individuo?

—¿Quiére usted atentar?—Preguntóle sonriendo Fierro.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

—¡Dios me libre! Pero me agradan estos cuentos, y, sobre todo, por ver si el inglés tenía razón.

—Bien. El otro procedimiento es muy sencillo. Consiste en herir el «cuerpo astral», en parte correspondiente a la mortal del físico. La herida que recibe el «astral», repercute en el físico y se produce el fenómeno.

—¿Qué dice?... ¿Es cierto? ¿Puede suceder eso?

Después de hacer maquinalmente y con asombro estas preguntas, se quedó paralizado; apenas si pudo interrogar... Comenzó un prolongado silencio, durante el cual Ernesto Fierro pudo observar que los nervios y facciones de don Gaspar se contraían cual si se hubiese presentado ante sí algún ser de ultratumba...

Fierro le contempló por un momento y notando que su conversación había causado un efecto desagradable o provocado un éxtasis extraño, se retiró silenciosamente, dejando al nuevo amigo que se distrajese por la región desconocida en que se sumiera...

Ya en la calle, exclamó para sí:

—¡Y eso que no les hablé del vampirismo y de la obsesión! ¡Cuánto incrédulo y cuánto atraso! Y no obstante, en lucha tenaz con la incredulidad y la ignorancia, hay siempre en todos una voz insonora que

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

dice: «puede ser». Y ese presentimiento íntimo de la existencia de *algo superior e invisible* ni se ha extinguido ni se extinguirá del yo inmortal que nos anima...

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

CAPITULO IX

Estudiando el quinto curso del Bachillerato, Ernesto Fierro se encontró en la asignatura de Física ante la lección que trata del magnetismo o atracción de la piedra-imán, llamándole grandemente la atención la oscura y somera idea que el autor de aquella asignatura daba del magnetismo personal o energía fluídica que despide el hombre a voluntad.

Impresionado, pensativo, sobre todo, de ese «poder psicológico», fué ansioso, ávido y decidido a la biblioteca del Instituto con el fin de consultar otras obras que tratasen más extensamente de esa ciencia. Pero ningún autor satisfacía sus ansias. Todos al exponer el asunto fueron prudentes... Convencido de que nada hallaría en los textos de la ciencia vulgarizada, ocurrióse pedir un tratado de magnetismo personal, y le trajeron un tomo del doctor Durville, de París.

Empezó su lectura y a medida que devoraba las páginas, notaba que se iba ensanchando su mente, que iba descubriendo

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

otro mundo, otros horizontes ignorados que satisfacen al espíritu cuando siente la sed de algo superior...

Cautivado por las nuevas teorías, embelesado, abstraído casi en desentrañar la esencia que el doctor Durville expusiera en su libro, en ese estado de serena alegría espiritual se hallaba Fierro, cuando de sus labios se escapó, involuntaria, una honda exclamación de sorpresa que le hizo detener y volver a comenzar el párrafo que había concluído de leer. Cuando le hubo terminado de nuevo, volvió a exclamar:

—¡Oh, oh! ¿Será posible tanta maldad? —Y sacó de su cartera el retrato de Adorsalva. Habíase acordado de la imagen de cera que por rara coincidencia tuvo en sus manos, modelada seguramente por aquella fotografía, al encontrar en el capítulo que leía, el sistema de embrujar por medio del muñeco.

—¿Habrá sido ésto? ¿sería aquello para hechizarla?— Y meditó por un momento.

—¡Oh!, yo soy capaz de desarrollar esa fuerza; sí.—Y tomó nota de lo que el doctor Durville recomendaba, así como de otras varias obras que el mismo citara.

—¿Por qué—se decía—no poder reprimir las pasiones y vicios y todo lo involuntario, cuando siendo yo, mi Yo—y recalcó mentalmente esta frase—, una chispa de la Divina Fuerza, que penetra todo

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

el Universo, debo estar sobre lo material y dominar los medios, nuestros sentidos, como Aquel sobre todo lo existente?... Sí; unicamente cuando el hombre posea el poder de tener bajo el imperio de su voluntad los medios y sepa servirse de ellos, únicamente entonces, podrá decir que camina por el verdadero sendero de paz y de alegría...

Y cuando en sus prácticas y reflexiones llegaba a sentir alguna duda:

—¿Por qué?—pensaba—si otros obtuvieron triunfos, no voy a poder desarrollar, como ellos, esa corriente magnética, si el *hombre verdadero*, Yo, que estoy pensando, es alma, si no perfecta, perfectible hasta lo infinito y superior a la materia más sutil que debe dominar?

Fuese lo que fuese, Ernesto Fierro se propuso investigar. Llevó hasta el fin los consejos que su primer maestro y varios antes y después que éste habian expuesto al alcance de los *pocos* de la época, en que aún el fanatismo religioso pretendia resucitar milagros mientras por otra parte se descifraban los enigmas más complicados y se explicaban los más nublados misterios, y, al fin, pudo comprobar por sí mismo el aserto que encontrara en el libro del doctor Durville.

Y, ya convencido de su poder y de su existencia, que sólo es un pequeño efecto de la Causa Primera, compuso internamente esta frase: *Jam scio qui sum*, como

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

contestando a aquella otra sonora y expresiva del filósofo: «nosce te ipsum».

En este tiempo, después que Adorsalva pasara por las ásperas desventuras que vamos a narrar, fué cuando el doctor Enrique recomendó a la familia Tiasa el clima de La Laguna, a donde iba a visitarla don Gaspar.

* * *

Adorsalva conoció por intuición, por presentimiento más que por reflexión, que era imposible andar por luminosas sendas... Y este dolor, más el hechizo que la ataran, atrofiaron su facultad imaginativa, que parecía actuaba cual obsesionada por espíritus malignos.

Don Gaspar, no obstante el disgusto que creía haber causado a la familia Tiasa, fué inducido, dominado por el «elemental» de lujuria que su mente creara con respecto a la aventura que estuviera a cargo de «señá» Clara; fué atraído, subyugado por las voluptuosas formas de Adorsalva, que, helada cual estatua de mármol en frío invierno, recibióle, dolorida, por ese intenso dolor interno que él, cobarde, no supo respetar.

Y por segunda vez fué violada, siguiendo virgen...

La pobre joven renunció a todos los ensueños e ilusiones... Su actitud era sonambulesca, como si nada le importase la vida, hasta que nuevamente sintióse madre.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Don Gaspar, entonces, púsole cariño hasta llegar a creer que era amor, e hizo que «señá» Clara buscase quien deshiciera el maleficio infernal que la tenía imbecilizada. ¡Pero qué lejos estaba don Gaspar de pensar en el odio mortal que se desencadenó, furioso, del pecho de la joven! Sin embargo, él todo lo soportaba... ¡Y es que pensaba ya en el hijo.

Ya buena, y sintiendo los estremecimientos de un ser en sus entrañas doloridas, doloridas por el secuestro del primero, volvióse como cachorra hambrienta contra todos los que la rodeaban. Pero aún había una persona que ejercía una poderosa influencia sobre ella, «señá» Clara, a quien obedecía sin titubeos, no obstante mirarla con odio y repugnancia.

En poder de la astuta se encontraba el muñeco por el que podía darle hasta muerte. El hechizo, pues, no estaba aún deshecho. Adorsalva temblaba en presencia de aquella semi-bruja repugnante. Una vez—la hora había de llegar—la vieja, enfurecida, amenazó a Adorsalva por ésta negarle un dinero que no tenía, cuando don Gaspar, entrando en el mismo momento, le asestó unos golpes que la dejó por muerta. Adorsalva, por temor, entrególe aquel día cuánto don Gaspar la dejara, y entonces, la infame bruja, movida por su feroz instinto, quiso vengarse de don Gaspar e hizo a Adorsalva el sucinto relato de cuan-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

to se había tramado en su contra. Le trajo la imagen de cera, y, no pudiendo soportar la escalofriante impresión que le produjo el asqueroso y propio retrato, dió un grito en medio de un terrible temblor que parecía de agonía, y cayó desdoblada, fría y pálida como la misma cera de su diabólica efigie.

Cuando volvió en sí, la bruja vengativa había desaparecido. Levantóse como pudo y guardó en el fondo de un baúl el muñeco por el cual la atormentaban. Y ya repuesta se puso a escribir el hasta entonces desconocido fragmento de su historia.

En plena reacción y libertada de toda mágica influencia, Adorsalva fué a pasar una temporada a La Laguna.

. . . . . .

¡Una vez más, oh, ciudad, tu azul ambiente de paz espiritual y de nobles sonrisas, fué propicio al amor, aún entre el sordo ruído de la maldad silenciosa!

En aquella casa de la calle de Tabares de Cala que ya conoce el lector, continuó la dolorosa vida de una mártir adolescente. La segunda época de la epopeya fatal de Adorsalva, había de comenzar en la soñadora Aguere.

Allí fué donde Ernesto Fierro, no obstante su poder magnético y su voluntad fortísima, sintió que el corazón se le enfriaba por la cruel noticia que su compañero de estudios le diera, referente a la

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

vida de la familia Tiasa. Allí fué donde Adorsalva se encontró con la insistente y luminosa mirada del estudiante, quien no pudo o no quiso poner su voluntad de valla al amor o a la corriente armónica de simpatías principio del mismo. Allí fué donde Adorsalva quedó impresionada ante aquel luminoso rayo de luz desconocida que Ernesto le infiltrara o hiciera despertar en ella, luz radiante que parecía haber muerto, hasta que volvió a surgir, moribunda, cuando uno y otra se encontraron en la misma casa, de la calle de la Carrera. Y decimos *moribunda*, por que los dos enamorados, que sentían íntimamente algo indecible que adormece y encanta, se repelían sin querer...

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

CAPITULO X

El sol brillaba, fuerte, en los trigales. La gente toda huia de su luz sofocadora y calcinante. Ni un suave y sutil soplo de aire fresco atenuaba las grandes molestias importunas que el *tiempo sur* nos propina todos los años. Al contrario, candentes, asfixiantes y ásperas, invadían a la ciudad lagunera las africanas bocanadas del desierto.

En uno de estos pocos días en que todo veraneante y los que no lo son buscan el preciado fresco a la sombra apacible de sus parques y jardines; en que el más sereno espíritu se agita y sofoca, hubo unas grandes ansias inesperadas e inconscientes, como todas las populares, de ir a pasear a la Plaza de la Junta Suprema.

Allí fué Ernesto Fierro acompañado de algunos camaradas con el fin de gozar, al igual que todos, del aire callejero, sólo imaginado, ya que el calor intenso se dejaba sentir más fuera del hogar que en la sombra húmeda de éste. Pero si hemos de

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

hablar sinceramente, el tiempo fué un magnífico pretexto para improvisar el ansiado paseo en aquel romántico lugar, testigo mudo pero elocuente de tantas aventuras amorosas y donde muchos hoy, añoran los dulces recuerdos de las ilusiones muertas, repleto el pecho de nostalgias y reflexionando sobre la ley implacable que les muestra la real y lenta extinción de su propia luz que se depide de esta vida...

Ernesto Fierro, sin embargo, era una excepción; no iba a la plaza a buscar el aire fresco ni a gozar de la exhibición de femeniles líneas voluptuosas, ni a matar ansia alguna ante las semiocultas formas palpitantes bajo la blanca tela, ni a despertar sensualismos ante el contínuo agitar de los senos virginales. Iba allí como a cualquier otro lugar, costumbre en él después de haber comido, y por invitación de sus compañeros.

El calor continuaba molesto, tenaz, casi asfixiante; y se hacía más fuerte y pesado, insoportable, a medida que el vaivén hacia circular, veloz, la sangre que parece quiere romper sus cauces por la obligada rapidez con que le exigimos vaya de las venas al corazón y viceversa.

Y es que nuestra insana civilización vive la vida inquieta, llena de zozobras, en un perenne violar de las leyes naturales; con la vaga mirada en el abismo, sin horizontes de luz, sin un punto de mira o pauta de-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

finitiva y noble, sin haber pensado siquiera en las ingentes alturas de alguna montaña de sublime ideal, donde se contempla mejor el cielo azul y el lejano horizonte ilimitado... Sin haber pensado jamás como el poeta que dijera:

«Quiero tener mi hogar en la montaña
donde primero el sol diera sus besos de oro
cuando yo en las mañanas meditare
al amor de los árboles amigos»

. . . . . .

«Quiero tener mi hogar en la montaña
frente a la mar y al horizonte diáfano;
mi casa, que contemplen a lo lejos,
como templo ideal, los navegantes»...

. . . . . .

«Mi casa en la montaña silenciosa:
mi casa en la montaña más lejana;
en la montaña altiva
para soñar más cerca de los cielos»...

. . . . . .

A las once de la noche, Fierro regresó solo. Sofocado y sin preverlo, abrió la puerta que comunicaba a la casa con el pequeño jardín, y no bien hubo dado unos pasos, cuando se detuvo, reprimiendo una exclamación que pugnó por salir de su pecho.

Frente a él y en los asientos, se encontraba un grupo de mujeres. Lo componía la familia Tiasa y doña Filomena, dueña de la

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

residencia. Por la mente de Ernesto pasó cual fugaz relámpago el pensamiento de retroceder; pero doña Filomena, en ese instante, le dirigió la palabra:

—Siga, hombre, no le hacemos nada.

No tuvo disculpa. Fué hacia ellas y saludó, disimulando ante la familia Tiasa su desagrado. Intervino en el coloquio, comenzó el trato con las que jamás había sostenido conversación, y, tanto ellas como él, se dieron cuenta de lo ficticio de la mutua repulsión.

Desde entonces fue aquel jardín la mansión de ensueño donde culminaran las ilusiones oprimidas de Adorsalva; donde por vez primera sintiera su alma las dulces oleadas candentes del amor indecible...

. . . . . .

. . . . . .

Y comenzaron los idilios. Y ambos, sin pensar en el daño que se hacían, pasaron por alto, como sueño irrecordable, todo lo que podía oponerse a aquella felicidad tan profundamente ansiada y tan íntimamente sentida...

—No me explico cómo dejamos pasar tanto tiempo sin tratarnos...

—¡Tienes razón! Esta amistad jamás soñada, parece que es de siglos, parece que *nos hemos conocido en otros días muy lejanos*... Nunca he tenido una amiga tan íntima, tan...

—Tan fea ¿verdad?

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

—¡Oh!, no digas eso, Adorsalva. Tus ojos son grandes, hermosos.

—No te burles; ¿tú crees que te hago caso?...

—Sí; ya sé que no puedo inspirarte otra cosa que este afecto amistoso... Quizás por eso, veo en tu rostro algo..., algo que me encanta.

—¡Ay!, no sigas... Vale más que hablemos de otra cosa. Mira, mira que hermosas flores. Hoy no has regado el jardín.

—Tú eres también una flor. ¿Por qué no he de ser yo tu jardinero?

—¿Y vas a seguir riéndote?

—¡Riéndome! Tal vez me ponga triste aún entre las flores, y más, cuando noto que te molestan mis palabras.

—No, no me molestan, me agradan; pero... no sé, me pones triste...

—Es verdad, lo he notado, perdóname; yo creía que tu corazón de joven gustaría de estas cosas que el sentimiento... o yo no sé quién, hace expresar a veces.

—Sí; ¡me gustan tanto, tanto, dichas por tí!...

—Entonces no sé por qué...

—Porque... Yo soy fea... Bueno, bueno, riega el jardín...

—Como tú quieras.

Y cuando más apartados creían estar de la sonora expresión con que el alma exterioriza sus más puros sentimientos, se encontraban, ingenuos, silenciosos, ahogados

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

por la emoción de lo sublime.... en esa quietud infinita que inunda el alma de espiritual alegría... Entonces le decía ella:

—No puedo.

—¿Qué no puedes?

—Sí; me miras de una forma...

—¿No te agrada?

—Sí, mucho, pero yo no resisto...

—Es que tú...

Y volvían a mirarse con insistencia: con la mirada sostenida, prolongada; con la fuerza suprema del amor primero.

—Me voy ya, ¿qué dirán?

—¿Quién?

—Tus compañeros, mi familia.

—Nada..., todos saben que es amistad.

—¿No te han dicho nada?

—No; ni creo que se atrevan.

—Es verdad... Por estar aquí...

—¿No quieres tú que vuelva? Si es así...

—No me digas eso. Yo no soy falsa.

—¿Seguro?

—Seguro...

—Entonces, Adorsalva, tú... me aprecias, eres muy amiga, amiga verdad?

—Sí, Ernesto, sí; te aprecio mucho, como a un amigo. Mira, antes me creía que todos los hombres érais iguales, los detestaba...

—¿Y ahora?

—Ahora no, porque tú eres muy bueno...

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

—¿De veras, Adorsalva? Yo te he hecho pensar distintamente?

—Sí, tú. Por ti sé que pueden haber amigos buenos, muy cariñosos, muy...

—Di, termina...

—Es que...

—¿Te da vergüenza?

—No; bueno, sí.

. . . . . .

Así pasaban los días, uno y otra vivían sin poder apartar de la mente las horas ya marcadas, por la costumbre, para aquellos idilios...

Por fin, llegó el momento supremo. El sagrado fuego que pugnaba ha tiempo por salir, marcó el máximo grado en que su llama había de consumir dos corazones, haciendo de sus candentes cenizas una masa compacta, unidad de sus sentires, que les dijera de un amor infinito...

Y hubo entonces un amor cadencioso, un silencio prolongado, una sublime música insonora... El cielo estaba más azul, las flores más alegres, el trinar de los pájaros más armoniosos y el mutismo de las cosas parecía una sonrisa... Todo se convirtió para sus dos almas, al contacto de las manos y al estallar del primer beso, en un mar inefable de dulzuras indecibles, sobre cuyas olas se mecían, inundados por la suave luz de un sol desconocido...

—Nos dijimos todo, ¿verdad?

—Sí, Adorsalva. ¿No lo habías adivinado?

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

—¡Y tanto! Todo lo comprendía.

—¡Cuánta felicidad! Ya ves, sin la declaración amorosa tan vulgar...

—Nosotros no la necesitamos. ¿Verdad que es ridículo?

—Sí, es muy cursi. Nosotros somos muy distintos. ¿Te acuerdas de la calle de los Alamos?

—Mucho; es decir, se me había olvidado, pero cuando te ví, volvió a nacer en mí no se qué, como una cosa...

—Pues yo te amo desde entonces. Tú no sabes lo que sufrí... ¡si tú supieras!

—¡Ay, Ernesto! ¡No me recuerdes los tiempos que han pasado!

—¡Cómo!...

—Sí, he sufrido, aunque creas que no.

—Pero si eres una niña. ¿Has amado?

—No, no he querido. Como todas, alguna broma, pero nada más.

—No me lo ocultes.

—No, no; no te engaño.

—¿Entonces...?

—Que siempre sufre una.

—No me lo explico...

Un suspiro se escapó del malherido pecho de Adorsalva.

—¡Ay!, ésto es una ilusión; ésto no puede ser; amores de verano.

—¿Qué dices? ¿Tú piensas eso? Así solo puede pensar el que no quiere, el que no siente.

—Yo sé que es una ilusión; mía no, tuya.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Tú no me quieres, no puedes quererme. Después que me marche...

—No me ofendas; parece mentira que no me conozcas. He llegado a ti como la misma verdad, sin malicia alguna. Llegué a creer que jamás obtendría la felicidad de hacerte mía; pero ya ves, el amor lo hizo todo. Sin embargo, tú comienzas a torturar mi alma, a ponerla inquieta...

—No sigas, por Dios. Yo no quiero decir que nuestro amor es mentira.

—Tú dudas, desconfías de mí.

—No, no. Yo te creo, te creo...

—¿Me quieres?

—Mucho, mucho.

La pobre niña le dió el segundo beso. Una aureola de puro amor irradiaban aquellos dos cuerpos que sintieron el suave estremecer de emoción en el dulce momento del contacto bucal...

Pero a medida que el amor se afianzaba y unía a sus dos almas, la joven mártir se veía inundada por pensamientos de pesimismo. «Es imposible—decía—que ésto pueda continuar. No, no iré más al jardín». Pero llegaba la hora y, mecánicamente, iba hacia Ernesto que la esperaba con ansiedad...

Una y otra vez se repetían los mismos sentires, empeñados en exteriorizar lo inexpresable que emana de lo divino... Y sin darse cuenta, cuando ya la voz articulada les era insuficiente, se decían todo: lo

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

más sublime, lo que siempre se ignora y desconoce, con el más perfecto lenguaje del ser: el silencio...

Ambos se extasiaban en una adoración infinita... Pero, de pronto, Adorsalva mostrábase inquieta, pensativa y decía muchas veces a su amado:

—¡Amores de la estación! Sí, ésto acabará.

—Unicamente por tí; jamás pienso nada contrario; sólo tú me haces dudar.

Y en realidad, Fierro comenzó a dudar, a traer a su mente aquella martirizante noticia que el día después de la juerga, le dijera un compañero.

—Ya sé que soy el engañado. Ni siquiera mi buena fe respetas. Desengáñame, dime que no me amas... No dudes decirme la verdad, sé sincera.

—No pienses tan mal. Si yo te quiero, te amo más que a nadie, mucho, mucho... Pero..., después que me vaya a Santa Cruz, ¡qué sé yo! Tú te olvidarás de todo.

—Yo no he pensado así, te quiero, te querré siempre... Jamás mi amor vacilará como el tuyo. Eres ingrata, te burlas cruelmente, y juegas conmigo y me haces sonreir y crecer la esperanza primero, para decirme después: ¡véte, véte!

—¡Calla, calla, compadéceme!

—¡Cuánto valdría si no hubiésemos pasado de aquella nuestra amistad inocente, o aquella antipatía!...—, y levantándose,

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

díjole: «Me voy, sí; presiento algo negro y borrascoso, y no quiero ofenderte aunque cruel me seas; porque te amo y jamás podré olvidarte, me retiro: deshaciendo aquí el castillo azul de nuestra fantasía, podré seguir amándote en silencio y con la serenidad apacible de mi espíritu sin mancha... Después, pudiera ser tarde...»

Y ella, llorosa, comenzaba:

—No, Ernesto, espera. Tú no me comprendes. Pero si yo te decía eso porque te quiero mucho; escúchame, no me hagas caso. No te vayas.

—¿Para qué oirte cuando tus palabras me hieren a veces, me hacen daño y me ahogan?... El amor no duda jamás, siempre *es*, nunca fué ni será, el amor es como Dios, es su esencia, que siempre está presente. Y tú... ¡estás muy distante del amor!... Pensaste pasar el verano, alegre, como mujer sin decoro, sin alma, jugando con el amor que no eres capaz de sentir... Tú no amarás nunca.

Adorsalva no pudo más. Escapóse de su pecho un suspiro de dolor inmenso y abrazó a su amado con efusión indecible, llorando...

—¡Perdóname, por Dios! Tú no me conoces. ¿No ves que lloro por ti, que sufro por tí? No vuelvas a enfadarte. Quiéreme siempre, Ernesto, ámame mucho, mucho, como yo a ti.

—¿Cómo tú a mí? ¿Es cierto? ¿Lo dice tu

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

alma o el sentimiento o la pena que te doy?

—El alma, el alma, Ernesto. No te olvidaré nunca, nunca...

La emoción culminaba, les enmudecia y volvia a fluir a los ardientes labios la sonrisa ingenua cuyo ritmo insonoro, en los amantes, es simbolo de pureza...

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

CAPITULO XI

El amor tiene muchas fases. Y así como al principio ciega, hay momentos en el transcurso del tiempo, en que la reflexión domina. Esto se ve con frecuencia en el hombre, y más, cuando tiene sobre sí, cual Ernesto Fierro, un poder de dominio no vulgar.

Un día, pues, reflexionó, comenzando a ver misterios en cada uno de los movimientos de la familia Tiasa, misterios que se propuso descubrir. Pero ante la maestría de doña Angela, se estrellaron todos sus esfuerzos.

¿Cómo y qué hacer para expeler el fastidioso laberinto de pensamientos que se agolpaban en su mente?

El máximo sacrificio que puede hacer una mujer... ¿sería suficiente para descorrer la oscura tela que tanto le inquietaba? No lo sabemos; pero él lo exigió a Adorsalva.

¡Cuán lejos estaba Ernesto del sufrimiento interno que consumía a su amada! La

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

pobre conocía que era imposible todo cuanto el amor le hiciera soñar!...

—No, no... Yo no soy digna de él, estoy engañándole. Terminemos; será lo mejor. Hoy no iré al jardín. Pero... ¿cómo hacerle esperar? Yo no puedo... Te quiero mucho, Ernesto—decía mentalmente—, no puedo... Seguiré engañándote aunque... ¡Oh, sí, sí!... Te diré todo, te contaré mi vida, lo que soy... Después, déjame si quieres. No soy tuya, no, amado mío. Despréciame, vete lejos... No; me iré yo; te perderé para siempre!!...

Pero ante esta pérdida eterna y esa lejanía infinita, se enfriaba su alma y protestaba:

—¡No, no, vale más que ignore!...

Así hubo de pensar una y mil veces, hasta que Ernesto le exigió la más grande prueba de amor.

—Sí—dijo sin vacilar—; soy tuya, toda tuya. ¿Tú me querrás a mí lo mismo?

—¡Oh, no me lo preguntes! Te quiero lo indecible, como a nadie. Mis mayores sacrificios serían pocos... Todo lo haría por ti.

Ernesto, ante la inesperada contestación de su amada, comenzó a vacilar; empezaba a creer en la inocencia de Adorsalva y llegó a creerse que la blasfemia se había saciado en aquella familia caída en desgracia. Pero él no sabía por qué la duda punzaba, cruel, su naturaleza más sutil, y exigía a su amada la muchas veces absurda

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

prueba. La asediaba siempre, hasta el punto de transformarse los románticos y azules idilios de los primeros días, en una constante lucha que terminaba en llanto y en enfados que afianzaban más y más el amor.

El sentimiento le decía que Adorsalva era una inocente mariposa abrasada en la llama de la blasfemia; pero la reflexión o la duda le cegaban y veía entonces en ella a la prostituta inconsciente o a la mártir que tiene que ser hipócrita ante el desgarrante pensamiento de la pérdida del amado.

. . . . . .

. . . . . .

Pero la temporada estival iba pasando fugaz, para Fierro, y el momento ansiado que había de desengañarle no llegaba.

¿Cómo, si nunca pensó Adorsalva en ello?

La familia Tiasa se oponía a aquellos amores, ya hechos sólidos. ¿Por qué?—se decía Fierro—.Al principio, creían todos que sólo amistad o bromas de juventud podría cruzarse entre ellos; después, todo se fué aclarando. Adorsalva no era la misma. Se rebelaba ya, se imponía. Y contra la voluntad de su familia, hablaba con Ernesto en el jardín.

Ella seguía sufriendo. Nada decía a su amado, que, alerta siempre, leía en Adorsalva toda transformación psicológica, lo mismo que otros hechos entre los que singularizó algunos.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

—¿Por qué—se decía—de dos a dos horas me deja Adorsalva?

Y esta interrogación hecha por su espíritu inducido por el elemental de duda, la relacionó con un niño que hacían pasar por hijo de una mujer que con ellos vivía. Observó con su mirada penetrante al inocente, y vió en la faz infantil el rostro de don Gaspar. El fantasma o aquel mencionado elemental se le agrandó como un monstruo infernal y trajo a su mente las visitas que en «auto» hubo de hacerles el hombre que en cierto día se quedó como un petrificado ante las teorías de magia que él le explicara.

En ese estado de ánimo, Ernesto comenzó el ataque, duro, cortante..., ignorando que su amada era una mártir, una niña del arroyo a pesar de haber tenido hogar y ser ya madre, ignorando que ella no sabía ya qué hacer...

—O yo soy distinto a los demás o tú eres peor que la piedra helada—comenzó un día—.No te emociona nada... Eres fría; sin sentimientos vives y sin ellos morirás. Y ésto es insoportable para mí.

—¿Pero qué quieres tú? Yo soy así... Siento... No sabes tú cuánto sufro por tí, por haberte inspirado amor y que no hayas encontrado en mí...

—Calla, calla, te lo ruego; no quiero oirte. Eres demasiado cruel y el desprecio sería poco. Te hablo y parece no me oyes. Te

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

miro y huyen tus ojos... ¿Qué es eso, Adorsalva?, ¿qué te acusa?

—¡ . . . . . !

—¡Oh!, es que no me quieres. Me has engañado. ¡Bien me lo decías!: «nuestro amor sería de verano». Y yo, imbécil, necio, no conocí tu farsa, tu ocultación inhumana, por haber sido el amor en mí como en un niño... Compararte con una fiera sería hacerte favor.

—Dime más, lo que quieras, lo merezco; pero te amo, tú eres todo para mí. Tú eres el único hombre que me ha llegado al corazón. Sí, Ernesto, tú estás en mi alma hace tiempo...

—Pero, ¿entonces?... Yo no te comprendo, yo no puedo pensar bien...

—¡Jesús!, ya no vienes más que a enfadarte; deja eso. Anda, háblame de otra cosa...

—No, imposible. Dudo de tu amor, de..., no sé. Hace días que te encuentro distinta.

—No, soy la misma; pero, es que... Yo no sé lo que tengo. Tú no te imaginas cuánto sufro. Cuando me separo de tí, me invade la tristeza, pienso que no me perteneces, que yo no te merezco; vengo a tu lado, creyendo encontrarte alegre..., ¡y ya ves!

—No, Adorsalva, no es eso. Tú me ocultas algo. Dime, Adorsalva, por lo que más quieras, dime...

—¡ . . . . . !

—¡Oh, no hablas! Está bien, inanimada

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

mujer, mujer infame, petrificada momia que me espanta, que me ahuyenta y me lanza al precipicio... Eres la hembra ingrata que se ríe del amor y de Dios y la inocencia, que desprecia la felicidad... ¡Adiós, hasta nunca! ¡Hasta nunca!...

—Espera, por Dios, por nuestro amor...

Pero Ernesto se marchó impasible, sin oirla. Y ella, ahogada por el llanto que hasta entonces retenía, y los suspiros que se le agolpaban, dejó el jardín tambaleando cual beoda, caminar que parecía un huír sin voluntad, como quien ha dejado algo atrás, apesadumbrada y sin alma...

Fierro se dirigió a su habitación no como viviente, sino cual hombre que se despide de la vida, y buscara, solo, en la penumbra de su retiro triste, un lenitivo para su doliente situación interna... Por espacio de dos horas, se echó, abandonado, en brazos de la inconsciencia, quedando después en estado de trance, dejando abandonado su vehículo carnal para quizás desalojar la inmensa carga de variadas nostalgias y dolores mil que el amor jamás negara...

Después de este sagrado tiempo que parece oración; más, que parece se comunica uno con Dios o con sus servidores los ángeles, Fierro levantóse decidido y enérgico; tomó el bastón, se caló el sombrero y con paso seguro y fuerte salió a la calle...

No sabía a donde ir; pero la apacible y serena tarde lagunera, invitóle a la con-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

templación de las verdes campiñas, donde quedara absorto, ante el relampaguear de las gotas de rocío, que el sol, al declinar vacilante y suave, besaba con sus rayos prodigiosos...

El frescor agradable de aquel ambiente risueño, donde tantas veces aspirara cierta fuerza vital, *prana*, hizo que su mente se despejara. Y, dueño ya de sí mismo, regresó muy tarde con el firme propósito de olvidar para siempre la aventura que le partía el alma...

Pero Adorsalva acechaba, inquieta, llenos los ojos de lágrimas, dominada por una agitación violenta, que la hizo salir a su encuentro en el zaguán oscuro...

—¡Ernesto, escúchame, por Dios! ¡Espera, tengo que hablarte!

—¡Imposible, suéltame! Nosotros hemos terminado. ¡Me has engañado vilmente, mala mujer! Eres... ¡Suéltame, infame! ¡Destrozaste mi alma y persistes aún!

—¡No, no; escucha, óyeme!...

—No quiero disculpas, mujer ingrata y ruin; deja que huya de tí para morir de nostalgia, y la tristeza pueda saciarse más... ¡Me engañaste como a un niño, miserable!...

—No, Ernesto. ¡Escúchame! Yo no soy culpable, no; quiero que sepas todo, aunque me dejes. ¡Sí, Ernesto! ¡No soy tan culpable como te figuras!

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

—¡Acaba pronto; me lastiman tus palabras!

—Yo saldré esta noche. ¡Espérame en el jardín!

—No... Pero si yo no quiero saber...

—Te contaré todo... Allí, donde no oiga nadie, donde nadie nos vea...

—¡Déjame, retírate!... No quiero ir...

—No me desprecies, Ernesto, amado mío, espérame esta noche. ¡Te lo ruego, espérame!...

. . . . . .

. . . . . .

Aquella noche, la infeliz mujer velaba con el fin de contar a Ernesto toda su historia; de justificarse ante el hombre amado; de pedir el perdón a su amor querido...

. . . . . .

. . . . . .

Propicia a los ensueños, la apacible noche mostróse esplendorosa... En el jardín riente, Ernesto Fierro esperaba, ensimismado, a la ingrata mujer de sus culminantes ilusiones... Y como un fantasma que aterra, como aparición espantosa del más allá, se acercaba hacia él, en un completo ataque de nervios, la que seguía siendo virgen a pesar de todo..., virgen en espíritu...

Adorsalva fué a sentarse a su lado... Y él, que no había alzado la cabeza, por el peso invisible que le abrumaba, levantóse automáticamente, cual si espantado

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

fuese, al crugir de las secas hojas que pisara Adorsalva. Y quedaron frente a frente, extasiados, con esa mirada terrible y poderosa que electriza y anonada... Ella no pudo; cegada, vencida, bajó los párpados y comenzó a gemir... ¡Gemir lastimero que parecía una súplica divina! Era la primera vez que Ernesto Fierro hacía uso de su poder. Desde que se puso de pie frente a ella, comenzó a influenciarla, enviándole corrientes magnéticas con tal poder y dominio que no tardó en conseguir su propósito....

—Adorsalva, estás en el jardín... ¿Sabes a lo que vienes?

Ella no contestaba. La excitación nerviosa la ahogaba; hacía esfuerzos que contraían su garganta, desesperándola.

—Habla, te lo ruego. ¡Te lo mando!—Y Ernesto seguía enviándole corrientes.

—¿No puedes?—interrogóla Fierro.

—No, no—dijo con la cabeza ella.

—Bueno, Adorsalva. Escúchame. Estás en el jardín, hace un fresco agradable. Todo nos sonríe. Tú estás ya serena, ya me puedes hablar. Sí; ya puedes hablar... ¡Habla, obedéceme! ¡Yo te lo exijo!...

—Sí, sí, Ernesto; pero sufro, sufro mucho...

—¿Por qué?

—Porque te quiero, te quiero...

—Fíjate bien. Tú vas a leer en mí. Vas a leer mis pensamientos.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

—Sí, sí; ya los veo... ¡Oh, tú te imaginas todo, todo!...

—Cómo todo, ¿qué es eso?

—¡Tú lo sabes!

—¿Qué sé?—Y envióla una fuerte corriente.

—Nada, nada...

—Di, yo lo mando.

—Lo que tú piensas es cierto. ¡Perdóname, perdóname!...

—Cuéntame todo...

—No puedo, no puedo. Me siento mal, muy mal.

—Bueno, refréscate... Ahora estás más serena...

—Sí; pero...

—Contéstame... ¿Tú me quieres, me amas?

—Mucho, mucho... No puedo decirte cuánto.

—Ahora lee en mí, interpreta todos mis pensamientos, todos los que me rodean... ¿ves alguno para ti que sea bueno, grande, muy grande?...

—Sí, me quieres mucho, nos queremos los dos... ¡Qué suerte, qué felicidad! Pero hay otros malos para mí, si... Tú has pensado hoy muy mal, me despreciaste, me aborreciste, Ernesto!... ¡¡Cuánto sufro!!

Y notando Fierro que su estado se iba alterando, pronunció, enérgico, estas palabras:

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

—Adorsalva, estás en el jardín, conmigo. ¿Tú oyes?

—Sí, sí.

—Despierta...

Adorsalva abrió los ojos y cayó en brazos de su amado, sollozando...

—¿Qué me has hecho?... ¿Estaba durmiendo?

—No sé; llegaste ahora mismo. ¿Tú eres sonámbula?

—¿Me quieres?

—¿Y tú?

Ambos se abrazaron. Y entonces fué cuando Ernesto sintió con más intensidad su dolor interno, aumentado por el de aquella amante que le inspirara los futuros ensueños con que tanto alimentara a su alma; fué cuando él, hasta entonces dueño de sí mismo, sintió el roce de los senos aún tersos de Adorsalva y los besos locos de un desesperado amor amenazado, agónico, de la mujer que quiere...

Fué cuando él la sentara sobre sí, como a un niño, adormecida, gimiendo apoyada en sus hombros.

Así permanecieron largo rato, sin acordarse de nada; rato de sublime estado en que finalizaba o se atenuaba una tragedia y en el que una vez más se sobreponía el amor a todos los prejuicios sociales y a todos los engaños de la cuotidiana vida equivocada...

—¿No me olvidarás nunca?—díjole ella.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

—¿Y me lo preguntas? ¿No ves que soy débil?...

—Yo también te quiero. Soy tuya, tuya.

—Entonces, cuéntame tu historia.

—¿Para qué?

—No te importe. Ya estás perdonada. Yo quiero saberla por tí misma, por tus propios labios.

—Está bien, te la contaré; pero mañana...

Y volvieron a sumirse en el silencio expresivo que sigue a un abrazo, en la dulce emoción de los perfumados besos que saben decir al alma lo que calla y vela siempre el profano sonido del lenguaje que limita las sutiles emanaciones del corazón que ama...

. . . . . .

. . . . . .

Así transcurrieron varias noches en las que sólo el estrellado cielo azul que les contemplara y algún rayo de luna que atrevido y manso penetraba por entre las sonrientes flores del jardín, fueron testigos de sus íntimos sentires y de todas sus cosas íntimas...

¿Pero qué hado maléfico interviene en nuestros destinos, que cuando más creemos alcanzar un algo de felicidad,se interpone cual valla inexpugnable?

He ahí el eterno problema de la Humanidad doliente. He ahí lo desconocido, el misterioso secreto de la Esfinge impasible,

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

cuya clave descifrada nos pondría los pies en el Sendero de la Inmortalidad y la felicidad infinita... cuya solución descubriría la quinta esencia del sabio, el elixir de vida del alquimista, la piedra filosofal del mago de oriente... Pero no, el hombre no ha llegado a las alturas en que por sí mismo, libremente, pueda vencer aquel hado y caminar por una senda escogida y definitiva...

. . . . . .

. . . . . .

El peligro está cerca siempre del que duda, y la viuda de Tiasa temía a aquellos amores. Y entre la felicidad de los amantes, se revolvía la fiera invisible del pensamiento pesimista. Doña Angela se impuso una vez más, determinando levantar el vuelo a la Capital. Y como Adorsalva se negara, amenazóla con don Gaspar, a quien contaría todo, obligándola, no por el miedo, sino por su inocente hijo, a dejar la soñadora mansión de sus castos ensueños...

Por fin, la hora fatal llegó vertiginosa, cruel... ¡Cuánto hicieron por impedirla! ¡cuánto por evitar la despedida ingrata y asesina!... ¿Pero que amante cuándo se aproxima el último momento de una existencia, no ansia adormecerse y saciar su sed ardiente y morir ahogado o silenciar profundamente ante la persona amada,

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

para decir al oído interno el íntimo sentir del alma?

Y se encontraron esta vez frente a la insondable predestinación invencible... El, tristemente, comenzó una queja, un llanto de agonía y desesperanza...

—Acortemos el tiempo, despidámonos para siempre; pero no me olvides. Cuando sola estés, acuérdate de este hombre que vive sin alma y sin amor; que vive estando muerto, solo y huérfano, herido y enfermo hasta la muerte que ansía!...

—No me hables así; yo no quiero separarme, no quiero dejarte...

—Es imposible. Tú tienes por quién mirar; tienes a tu hijo, eres madre, Adorsalva... Yo soy nadie, nada, un hombre vencido, pobre, con deber de amarte, pero sin él para hacerte mía. Te conocí... ¡y ya ves!: ¡el Destino te me roba!... Vete, Adorsalva, vete; llegó ya lo que presentía, no obstante negarme a oir la interna voz insonora que me anunciaba este momento terrible!... Olvídame si quieres; yo no tengo derecho a exigirte algo... ¡Olvidémonos, será lo mejor!

Ernesto Fierro, hacía tiempo que no lloraba; pero ante lo irremediable y ante la santa dulzura de los ojos de su amada, cuyas lágrimas eran no más que sentimiento, dejóse caer en sus brazos, sollozando...

—¿Tú me quieres?...—preguntóle ella— Pues no vuelvas a hablarme así. Si aún

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

me amas, piensa en mí, piensa en un día... tal vez... Pero si yo hago lo que tú quieras...

—Sí; Adorsalva, te comprendo; pero no es posible. Tú tienes un hijo, y yo no debo robarle su porvenir... ¡No, eso nunca!

—¡Quién te hubiera conocido antes!

—¿Te pesa?

—Nunca, nunca. Sólo por ti conozco que existe algo grande, muy grande. A ti te debo todo...

—Sí, grande; ese todo que me debes es amor, nuestro amor que nos arrebata... ¡yo no sé quién!

—¡Ay, Ernesto, no hables! ¡quién no te hubiese conocido! ¡¡Te hecho sufrir tanto!!...

—No me digas eso...

—Lo digo por ti, perdóname, perdóname...

—No me pidas perdón... ¡Si te he perdonado ya lo más grande!... Y ya ves el fruto. No soy merecedor a tu cariño, a pesar de creer el mundo y hasta tú misma que no eres digna de mí... Pero qué importa, yo sé que sí y eso le basta a mi amor.

—Ernesto, Ernesto, haz lo que quieras, mándame. ¡Si soy tuya!

—No lo creas; no me perteneces. En ti habla el sentimiento; pero medita un momento, reflexiona y mira, mira a tu hijo!...

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Cuando sola estés, ya verás como piensas de distinto modo.

—¡No, no! Yo soy tuya, tuya...

—Tú no piensas... No me hagas caer en el crimen... Mira que el amor es capaz de todo: de matar, de ir más allá de la muerte...

—¡¡...!!

—¿Lo ves? Piensa, si. Piensa que ni el perdón ni el sacrificio derramado por ti en aras del amor, me prestaron ayuda... ¡Y te he perdido!

—No, no me has perdido. No pienses mal. Yo no podré olvidarte... ¡Y luego...! ¡Hay tanto entre nosotros!... No, nunca; nosotros no podemos olvidarnos, porque...

—No pienses, ¡cuando yo no encontré solución!...

—Si es otra cosa...Es algo que tú no sospechas. Es...—Y deslizó en su oído la dulce revelación.

Ernesto no pudo contestar. Tan imprevista y extraña fué la ola de alegría, que sólo en su mirada se podia notar el sentimiento tierno y delicado que emanó de su espíritu. Pero entre este amor de padre y la duda que expresara Adorsalva al decir «paréceme», se abrió un abismo, decayendo su alegría y bajando su cabeza, atolondrado....

—¿Pero tú no sabes si es... si es nuestro, mío?

—¡Oh, no me creas tan mala! Si lo ten-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

go, es tuyo, tuyo... Te lo juro por mi hijo, por nuestro amor.

—No sigas, te creo. ¡Si fuera cierto! ¿me lo dirás, cuándo lo sabes?

—Vendré a decírtelo...

Cuando ella terminó, Ernesto volvió a su tristeza.

—¿Qué tienes? preguntóle ella.

—Nada...

—Algo malo pensabas.

—Es verdad... Ya no puedo pensar bien. Apenas te queda media hora. Y miró el reloj.

—¿Y qué?—interrogóle ella sollozando.

—Y me quedo sólo, sin tí... Pero antes quiero decirte algo: Respeta nuestro amor, no lo profanes más, sé buena. No manches al que crees llevar en tus entrañas; a ese, que es hijo verdadero, hijo del amor, permitiendo que otro hombre, por dinero, por ese metal que te llevara al lodo, cotice tu carne y pierda tu alma...

No pudo continuar. Adorsalva, anegada en llanto y él pleno de emoción, se dieron el último abrazo... y a la carrera, como quien hace un delito, el último beso, beso de dolor y desconsuelo, antes que doña Angela, que la llamaba, les sorprendiera.

El «auto», que llevaría a la familia Tiasa a la capital, esperaba... Y cinco minutos más tarde, Ernesto veía alejarse a la mujer amada...

. . . . . .

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Fierro no quiso volver al jardín... Y desde entonces, cual si hechicera impúdica lanzara sobre sus flores un conjuro maldiciente de exterminio, fué disecándose lentamente... Hoy, sólo existe un viejo rosal deshojado, sin cariñosas manos que le cuiden, huérfano, extinguiéndose tal vez de nostalgia por la ausencia de aquellos dos amantes sin consuelo, que, al separarse, sintieron un extraño estremecimiento interno de dolor inexpresable. ¡Estremecimiento brusco que parecía un tránsito hacia lo ignoto! Y es que el hijo formaba ya el lazo irrompible con que el amor ata eternamente a dos almas que se idolatran...

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

CAPITULO XII

En las estrechas calles de Sevilla y entre la voluptuosa magia de encanto de sus jardines maravillosos, Ernesto Fierro se dejaba invadir por los pensamientos íntimos que nacieran de su dolor, no por que careciese de la voluntad suficiente para expeler, mejor dicho, aplacar en sí los ímpetus de su llorada historia que pretendía obsesionarle, sino porque gustaba de las aladas caricias del recuerdo.

¡Cuántas veces en las sombras de las enramadas sevillanas de aquellos parques ideales, donde la ilusión se forja y crece y la fantasía libre bate sus alas, una pareja le hacía recordar los sublimes momentos que junto a Adorsalva dejó pasar cual dulce sueño en el jardín lagunero! ¡Cuántas veces sintió las emociones de los idilios y escuchó rumores de besos confundidos entre la música de las cantarinas agua de las fuentes y apurara, en éxtasis, cual Béc-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

quer, la copa rebosante de nostalgia! ¡Y cuántas veces hoy, los que en un día gozaban de la embriaguez dulzona del vivir de pasión de juventud, evocan como Ernesto, las horas de ensueño que allí pasaran y que la fantasía infiltró en sus corazones para goce de su señor el espíritu!

Una mañana esplendorosa de primavera azul, Ernesto salió a pasear. Caminaba absorto, halagándose siempre con el recuerdo de su amada. De pronto, el bullicio de la gente que salía de la catedral majestuosa, interrumpióle su estado de serena calma... Penetró; pero las naves ya desiertas de público, silenciosas, presagiadoras de grandeza desconocida; el olor de incienso y aquel divino ambiente, le causaron admiración... Parecía orar, cuando una mano le tocó por el hombro a la par que oyó:

—Ernesto...—Este creyó sería algún amigo y volviendo la cabeza dijo:

—¿Qué hay?—Pero al encontrarse frente a un señor desconocido, de regular estatura, delgado, con luenga barba negra, ojos grandes y de blanco y sereno rostro, no supo qué hablar...

—Yo le conozco—siguió el inesperado personaje.—Y Ernesto, repuesto ya, contestó:

—Tal vez. Es tan sencillo conocer una persona... Sobre todo, cuando nada hay imposible en la vida...

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

—Es cierto, os conozco, y me agrada que así me hables.

—Pues yo ignoro quién es la persona que me honra con su presencia.

—Ya lo sé; lo leo en tu rostro, más aún, lo veo en tu alma.

—¿Y puedo saber quién es el que tan noblemente me habla y tan grande simpatías...?

—No preguntes, yo soy un enviado... Sígueme si confianza te inspiro...

—Mi corazón es ya viejo y mi tristeza y sufrimiento han agrandado mi espíritu. Yo no temo y menos del que tiene serena la mirada y la faz majestuosa...

—Contestación de hombre hecho niño que me agrada en grado sumo!

—O de hombre que desprecia la vida...

—No tanto. Así no piensas tú ni así lo sientes... Sígueme, hombre melancólico. Quiero que me descubras que ya así lo deseas...

—Es verdad, sabio amigo. Estoy a vuestras órdenes.

. . . . . .

. . . . . .

Libre de temores, con la plena confianza que inspira siempre las simpatías de una persona cuyo rostro de santidad subyuga, y, además, la fe en sí mismo, Ernesto, silencioso, caminaba tras de aquel hombre por las callejas sevillanas. Ni una palabra, ni un gesto significativo se cruzó

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

entre ellos durante el largo viaje. Atravesaron varias calles, y, fuera de la ciudad de la alegría, comenzaron a andar por un sendero poco transitable.

Sevilla quedaba atrás, olvidada por los dos viajeros, sumidos al parecer en profunda meditación, sin volver siquiera los ojos hacia la Giralda que diríase les vigilaba en su caminar por aquellas extensas y verdes campiñas.

Haciendo zigzag unas veces y otras línea recta, los dos caminantes, ya lejos, subieron una pequeña montaña; luego descendieron por el lado opuesto de la misma hasta pasar un riachuelo en cuyo cauce comenzaba un bosque en el cual se introdujeron y cuyas ramas y arboleda espesa les ocultaba de toda vista. Ya internados, el compañero de Ernesto comenzó:

—Puedes ser el hombre que busco si con la misma voluntad y confianza continúas el escabroso sendero que te queda por recorrer: a veces sembrado de flores y de armonías infinitas; pero también de espinas y escombros y vallas de terror... Te encuentras frente a la entrada del misterioso camino por el cual se llega al invisible templo de la Sabiduría, donde Minerva espera al que se ha encontrado a sí mismo para entregarle las llaves de oro del tabernáculo sagrado, en el que se guardan los secretos de la Vida plena...

—¿Eres, pues, un Maestro, un *iniciado*—

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

preguntóle Ernesto—de los cuales yo he oído hablar? ¿eres acaso mi conductor?

—Sí; soy un humilde Maestro, tu servidor y tu siervo.

—Lo sabía; es decir, mi voz interna, esa voz que no se pronuncia, que quizás ni se presiente, me hablaba un lenguaje que yo no comprendía...

—Es el lenguaje divino; tu aún latente lenguaje que tu propio ser no comprende... Es así como cuando se vislumbra en un lejano horizonte la tenue lucesilla de una estrella indecisa que más parece fenómeno ocular que real existencia, pero que se sienten unos deseos invencibles por descubrirla...

—Es cierto, Maestro, muéstrame esa estrella porque ya ardo en deseos...

—Búscala, discípulo. En tí yace oculta por las nubes espesas de tu cielo interior... ¡Búscala, discípulo!...

—¡...!

—He ahí esa entrada, Ernesto; penetra, sigue mis pasos...

Y el hombre de luenga barba negra descubrió al estudiante, tras unos matorrales, una estrecha abertura donde comenzaba el sendero subterráneo que había de conducirle hasta el templo misterioso.

. . . . . .

Durante aquel día, Ernesto no había comido sino un frugal desayuno y aunque sintiera hambre, no lo expresó a su compa-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

ñero, pensando que estaría en igual estado. Sentíase ya sudoroso y sin fuerzas. No obstante, hizo un esfuerzo y pudo seguir los pasos del Maestro hasta un punto en que una enorme roca les interceptó el paso. El anciano, volviéndose hacia Ernesto, hablóle así:

—Has llegado a la primera puerta. Yo soy el portador de la llave que te ha de dejar expedito el paso. Te hallarás en un lujoso y amplio salón cuya mesa rica en exquisitos manjares y variadas y suculentas viandas despiden los olores más finos. Siete servidores cumplirán exactamente todas tus órdenes y pondrán a tu alcance los más raros y gustosos platos condimentados para los más extravagantes caprichos. Pero... ¡oh, Ernesto amigo!, si quieres continuar por el camino que comenzaste, guárdate de probar bocado alguno; huye de ellos si quieres obtener algún triunfo, si quieres encontrarme de nuevo. Y no porque contengan veneno que te dañe o perjudique, sino porque ese es uno de los requisitos indispensables que se exigen a los que pretenden entrar en la Gran Fraternidad...

—Y puedo confiar...

—Has de ser tratado como un príncipe. Si vences, encontrarás quién te deje abierta la entrada de una fastuosa sala contigua; si eres débil, volverás a encontrarme

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

en este mismo lugar para acompañarte hasta poner tus ojos frente a la Giralda.

—Bien, Maestro; ya estoy dispuesto.

Y después de hacer el anciano unos signos delante de la roca, ésta se abrió ante la admiración del neófito elegido. Tras de la roca, una puerta de hierro estaba abierta por la que Ernesto entró silenciosamente...

El comedor maravilloso deslumbraba: luces de mil colores y adornos de todos los gustos, hacían de aquella estancia un lugar jamás soñado. Varios servidores, al parecer esclavos, pero que en realidad eran miembros de aquella comunidad, y en castellano, se ofrecieron a Ernesto, que les habló:

—No hacéis falta, cuando hambre tenga, he ahí—y señalóles la mesa—lo que para mí han traído... Retiráos.

Ellos hicieron reverencia y desaparecieron como por encanto, sin saber Ernesto por dónde. Pero más tarde reaparecieron con distintos comitrajos a cual más incitante.

Fierro, inquieto, se paseaba a veces; otras, sentábase en unos trípodes sin espaldar, cuyos fondos de seda bordada en oro eran obras de arte exquisito. Pero todos aquellos objetos: candelabros, lámparas que más parecían piedras preciosas que artefactos de luz; cuadros y tapices de refinado gusto oriental; todo ello, en fin,

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

emanaba para Ernesto olores mil de un banquete provocante. El hambre le aguijoneaba, pero su mente fija en el Maestro y en aquellos acontecimientos que presenciaba, parecían hacerle olvidar las horribles fatigas. De vez en cuando y sin fuerzas ya, se aproximaba a la mesa y tendía la mano que retrocedía, rápida, ante el recuerdo del consejo del anciano.

Por fin, cayó rendido como para no levantarse más. Entonces se acercó a él otro desconocido envuelto en una tela blanca, especie de manteo y poniéndole la mano sobre la frente le ordenó que se levantara. De pie y con fuerzas ya y sin hambre, se sonrió lleno de satisfacción, mientras le decía el sabio:

—Has cumplido con tu deber, sígueme...

El estudiante obedeció sin titubear y ambos llegaron hasta una puerta de plata. Cruzaron una mirada y el discípulo oyó:

—Prepárate, hombre atrevido; yo soy el portador de la llave de esa entrada; ahí dentro te espera algo que puedes vencer si te alienta una firme voluntad.—Y haciendo el signo de la cruz en el centro de una serpiente tallada en la puerta, ésta giró sobre sus goznes. Ernesto penetró sin vacilar, quedando extasiado ante el inenarrable lujo y suntuosidad que se presentaba a su vista. La fantasía oriental había hecho allí el máximo derroche de ingenio. La tapicería era inexplicable; los almoha-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

dones y cojines y alfombras policromadas deslumbraban; las piedras preciosas de valor inmenso y de infinita variación, parecían astros de radiante y potente luz. Al centro del cielo raso, cóncavo, un brillante en forma de sol que media un metro de diámetro, despedía rayos de agradable y apacible luz, a cuyo alrededor giraban esmeraldas, diamantes y otras piedras, de variadas dimensiones que constituían, en conjunto, todo un sistema planetario. Por la parte occidental se veía a la desnuda y palpitante Venus ,estampa vívida y perfecta de pincel maestro. En el oriente se leía esta inscripción: «Tentatio daemonis praesens est. Si neophitus offocat caput serpentis, potest perseverare, si succumbit conducatur ad mundum profanum».

Cuando Ernesto Fierro terminó de leer esta inscripción, siete mujeres a cual más bella se presentaron luciendo sus rosadas carnes sedosas a través del tul de seda que fantásticamente vistieran; mujeres de perfecta línea y rítmica cadera y cuya esbeltez y gracia trajeron a su mente los cuentos de hadas.

Aquellas incitantes ninfas formaron dos grupos. Una tocaba el arpa mientras dos le acompañaban con instrumentos desconocidos para Fierro, tríptico ideal que arrancaban notas de máxima y sutil voluptuosidad para lanzarlas al sensible oído. Y las restantes, cuaternario encantador y

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

adorable, danzaban unos bailes de sensuales movimientos, que, a no ser por los pensamientos que embargaban la mente de Ernesto, hubiera éste caído en la red de ilusión que le tejían aquellas diablesas.

El silencioso estudiante seguía impasible. Sin embargo, cuando a sus oídos llegó las notas de una castiza música española a la vez que las danzarinas le invitaban a bailar, se levantó mecánicamente de su asiento y ya iba, inconsciente, a comenzar el baile, cuando su mirada fué a posarse en la inscripción que antes leyera: Tentatio daemonis praesens est. Y desprendiéndose de los brazos de la pareja, se dejó caer desilusionado, triste, como rendido, sobre el trípode.

Las diosas de la pasión, del sensualismo, comenzaron entonces a jugar unas con otras; ora se recostaban sobre almohadones y cojines, ora cantando y dando brincos, como borrachas de bacanal, cuya lujuria insaciable enloquece y extingue... Toda esta escena cómica, punzante, de sensualidad máxima, había hecho recordar a Ernesto las noches de orgía que en Sevilla presenciara y en Tenerife viera; pero nada más. El se mantuvo inalterable.

La tentación de la lujuria desapareció y el discípulo no supo cómo ni por dónde le habían trasladado a una caverna extensa y pintoresca. Aquel lugar si que era un

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

jardín fantástico de mil y mil flores policromadas y plantas de verdores bellos. Hallábase iluminada toda la extensión por una luz oculta a toda vista, luz mortecina que diríase del sol al declinar. Por el centro de su planicie corría un caudal de agua en forma de cataratas impetuosas, cuyo ruido ensordecía y cuyo fin se perdía en las entrañas de la tierra. Parecía sin curso, siempre detenido en constantes remolinos amenazadores, fantásticos y sublimes... En aquel lugar, el aire fresco daba vida. Ernesto, se acercó, curioso, al borde de su cauce, inclinó sus ojos y apenas midió la distancia que le separaba de aquel torrente formidable, retrocedió espantado al ver la inmensa altura de las paredes rocosas. Entonces se encontró ante un hombre de unos treinta años, robusto y enérgico, de largas y sedosas melenas rubias como su barba y de viva y serena mirada y alegre rostro. Este comenzó, dirigiéndose a Ernesto:

—Has llegado triunfante a este jardín oculto. Si estás arrepentido, te hallarás en menos de una hora camino de Sevilla... ¿Quiéres continuar sufriendo las graves y dolorosas pruebas que se te impongan?

—¿Qué edad tienes?—preguntóle Ernesto.

—Yo perdí la noción del tiempo. El que penetra de lleno en el campo de la Sabi-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

duría no cuenta los años, pero al parecer soy tan joven como tú.

—Así es... ¿Y cómo y por qué sacrificaste tu vida para sumirte en estas regiones desconocidas? ¿has encontrado, acaso, la piedra filosofal o el movimiento continuo?

—Algo más grande he podido encontrar. He podido ver la luz de la Verdad, me he descubierto a mi mismo y puedo decir: *yo soy*. Para mí no es desconocida la Ciencia. Se del movimiento continuo, de la cuadratura del círculo, de la piedra filosofal, del elixir de vida y de mil y mil secretos que sabrás tú también si llegas a la cima de la Montaña y obtienes penetrar en el Templo misterioso.

—Yo nunca he vacilado. Aspiro lo que tú un día ambicionaste. ¿Pasaste tú por lo que yo he pasado y me resta por pasar?

—Sí, hermano. Mis pies se hirieron en las espinas del camino; mis ojos derramaron torrentes de lágrimas que fueron a mezclarse en ese infernal barranco que te espera.

—¡Cómo!...

—Sí, hermano. Tienes que lanzarte en el seno de ese abismo. Medítalo, pues, yo me retiro.

—¿Es indispensable?

—Indispensable. No se puede ir al Templo sino por ese camino.

Ernesto volvió la cabeza hacia el borde del torrente mónstruo y el compañero des-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

apareció al igual que los personajes anteriores.

—¿Qué sabemos de la vida?—comenzó Fierro mentalmente—Yo me dejé conducir por mi propia voluntad; yo se que no estoy influenciado, que tengo libre albedrío. Pero, ¿por qué temo?...

Meditó por un momento y reflexionando con toda lógica, se dijo:

—Todos los que me aleccionan viven, existen después de haber pasado ellos por lo que yo estoy pasando... Y si la muerte llega, ¿qué pierde el mundo? Dios sabe que Le busco—. Y acercándose al borde del cauce de las aguas, se lanzó en el vacío sin miedo alguno.

Ernesto ignoró si su cuerpo había llegado a las aguas y el tiempo que permaneció sin sentidos. Lo cierto es que cuando despertara, se encontró con fuerzas y energías para mover el mundo en un blando lecho de hierbas olorosas y a la intemperie de un florido huerto, rico en arboleda de abundantes frutas que saboreó con alegría. Acompañábale el Maestro que le aleccionara últimamente con el fin de seguirle conduciendo por el resto de su viaje.

Extrañóle a Ernesto encontrarse en el exterior, contemplando de nuevo el cielo azul al que pareciale no había visto en largo tiempo, y sintió un triste decaimiento al oír esta frase del sabio compañero:

—Has descansado ya bastante. El tiem-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

po que pasa no se recupera jamás. ¿Prosigues?

—Un conjuro de maldición infernal me parecen tus ingratas palabras. Pero yo soy hijo de la España grande; mi alma ha crecido en las ingentes montañas de Tinerfe, cobijada al amparo del Teide majestuoso que infiltra a todos los hijos de las siete perlas afortunadas, su hirviente fuego palditante, su arrogancia y su altivez...

—¿Eres, pues, un hombre que desea elevar su espíritu comprendiendo la vida y conociendo la muerte, o eres acaso el orgulloso quién habla así?

—Yo no sé. Ignoro si es orgullo, si ambición o es la sangre roja y castiza de Castilla que anima mi organismo. Pero además, mi alma parece hallarse saturada por la nobleza de la guanchinesca raza extinta, cuyo espíritu aún flota en las queridas peñas canarienses.

—¿Hablas por el recuerdo o por el deseo de volver a ese mundo profano?

—No se que decirte. Estoy tan íntimamente ligado a las montañas de mis islas y al sonoro arrullo del Atlántico, que temo muchas veces flaquear; pero existe algo sordo en mí que me anima, que me anima a vencer y conocer... yo no se que cosa.

—Bien; en tí veo un compañero más. Me place guiarte y espero que seguirás razonando como hasta aquí.

—No lo dudes.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

—Entonces... Tus ojos se han cerrado y duermes. Caminemos, sigueme...

. . . . . .

Ernesto fue despertado ante un fantástico y temible horno subterráneo.

—Fijate bien en esas llamas infernales, —comenzó diciéndole su conductor—medita el tiempo que quieras antes que te lances sobre ellas. Si dudas y miedo sientes, guárdate de ese peligro. El atrevimiento no es quien debe impulsarte en este paso. La fe y el jamás dudar, la confianza en si sin vacilación alguna, pueden salvarte; pero, ¡ay de ti si un vago pensamiento de fracaso crea o invade tu mente! Morirías carbonizado.

¿Era confianza inalterable la de Fierro o presentia que todo lo que le imponian era más símbolo que realidad, o es que poseia ya poderes para dominar los elementos? Lo cierto es que atravesó o se lanzó a las llamas y se encontró de nuevo en el mismo huerto ideal en que se hallara despues de la prueba del agua. Pero se encontraba solo. Y solo vivió durante tres dias; sin tener quién le aconsejase. Desconocia aquellos parajes y solamente le alentaba la idea de que al fin volverian por él aquellos hijos del misterio para conducirle por la senda tortuosa de la sabiduría.

El dia cuarto de soledad comenzaba. El armonioso canto de los pájaros y el susurro del viento en las palmeras, era lo único

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

que le alegraba en aquel campo de silencio expresivo; pues para distraerse, cerraba sus ojos y evocaba los amargos pero siempre dulces ensueños de su amor, cavilando también, de vez en cuando, sobre la empresa de titanes que se había propuesto llevar a cabo. Apenas el alba sonriente le besaba el rostro, se levantó decidido, y se dispuso a recorrer aquellos lugares. Después de caminar siete u ocho horas, sentóse para descansar con el fin de volver al punto de partida. A sus oídos llegaban, tenues, unos golpes dados en la tierra. Y en efecto, a poco, vió en la lejanía un brioso caballo que se dirigía hacia aquella parte del campo en que él se hallaba. El corcel cruzó, veloz, por su lado, pero al verle, el jinete hizo que la bestia se encabritase, yendo a parar a alguna distancia de Ernesto. El recién llegado aproximóse al estudiante y después de saludarle, comenzó.

—Si no me engaño, es usted la persona que busco:

—¿En que lo conoce?—preguntóle Fierro.

—En esta fotografía.—Y sacó de su cartera el retrato del estudiante.

—Es verdad; pero... ¿y esta fotografía?

—Me la han dado los que me enviaron, diciéndome: «Con este plano y la «foto» buscará usted a ese joven, llamado Ernesto Fierro y le entregará esta cantidad.» Y me alegro de encontrale, pues dudaba ya... En fin, puede usted hacer uso de esta bolsa que

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

contiene quinientas mil pesetas en piezas de oro y este paquete con un millón quinientas mil en billetes de banco.

—¿Y quiénes son mis protectores, quiénes las personas tan generosas? Desearía conocerlas.

—Mi deber es callar; pero me han dicho que pronto tendrían la satisfacción de verle en Sevilla.

—¿Viene usted de ahí?

—No; vengo de Francia.

—¿Distamos mucho de Sevilla?

—Lo ignoro. Desconozco estos lugares.

—No me extraña...

—¿Tiene usted alguna cosa que ordenarme?

—No, señor. Dará las gracias a esos caballeros y que me encuentro perfectamente bien.

—¡Y con ese dinero!...

—¿Cree usted que es mucho?

—Lo suficiente para hacerse marqués, gozar y triunfar en la vida.

—No se equivoca. Y buenos días porque ya el sol va declinando.

—Que lo pase usted bien.

El jinete soltó las bridas del caballo y éste arrancó, veloz, por entre la llanura inmensa del campo, mientras Ernesto Fierro regresaba al punto de que partiera, pensando que aquel tesoro inesperado, era otra tentación, otra prueba que se le imponía. No distaba una hora para su llegada, cuan-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

do arrojó el dinero en la espesura del bosque, encontrándose luego con su último «conductor», que le esperaba.

—Te has portado—comenzó el Maestro—como un héroe y por ello mereces penetrar en el gran vestíbulo del templo, donde te espera la muerte para sumirte en las tinieblas insondables del más allá. Has de morir; has de pasar por la más grande desesperación y las mayores agonías de la postrer hora. Es el invencible paso ante el que muchos retroceden. ¿Estás dispuesto a morir?

Ernesto se sonrió. Sabía y no se explicaba porqué, que aún siendo verdad el tránsito anunciado; que aún siendo real todo lo impuesto, llegaría a verse de nuevo entre los hombres, con la plena alegría espiritual, y contestó:

—No es la muerte el sacrificio más terrible que me imponéis. Creo que el mayor es el que me he impuesto por mi propia voluntad: el de haber mirado con indeferencia la vida entre los hombres y querer morir para el mundo. Porque yo creo que esta región en que nos hallamos, si es que a la Tierra pertenece, no es adecuada a la vida humana.

—Razonas, discípulo pensador. Pero ten *presente que viviendo esta vida, estamos* más cerca de los hombres. Es verdad que hemos muerto para la Humanidad, pero por la Humanidad misma. Por ella hemos

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

renunciado a todos los goces y placeres, y hemos echado sobre nuestras espaldas el destino de todos los seres. Nosotros somos los guías del hombre durante las muchas peregrinaciones sucesivas sobre el planeta. Si tú pretendes imitarnos, si ambicionas este sublime vivir nuestro, has de renunciar al mundo y no temer a la muerte... ¿Quieres morir?

—Si la máxima verdad ha de ser vista por estos mis ojos que te miran, venga esa muerte que yo he de bendecir orando...

—No; no es el órgano físico quién ha de ver la Gran Luz.

—Comprendo; pero mira que ya estoy impaciente. Dame ya esa muerte que quiero penetrar en el seno del Misterio.

—Pues duerme, discípulo.

Cuando Ernesto volvió en sí, se encontró ante un tribunal de respetuosos ancianos vestidos de blanco y rodeado de veintiún miembros de la misma fraternidad. En el centro de aquel vestíbulo se levantaba un catafalco que imponía no obstante parecer más un monumento de arte prodigioso que un túmulo de muerte. Aquel antro estaba adornado en forma sencilla. Por la parte que servía de entrada y después de subir siete escalones, se encontraban, a derecha e izquierda, dos columnas que se perdían en la concavidad rocosa que formaba el techo. Las paredes estaban forradas de negro. Por la parte de oriente, donde el tri-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

bunal silenciaba y sobre sus cabezas, una estrella de cinco puntas, en cuyo centro se veía un ojo abierto, quizás como símbolo expresivo del ojo de Aquel que jamás duerme o de la conciencia que nunca oculta algo, iluminaba la estancia. Por occidente, sólo la serena figura del Cristo se veía.

El presidente de la reunión funeraria, con voz respetuosa, apacible y dulce, habló a Ernesto:

—Discípulo amado: tus primeros pasos por el sendero de renunciación han sido dados por tí con firmeza tal, que bien mereces descender al seno de las tinieblas de la muerte. Porque has de saber, ¡oh, discípulo!, que en la plena oscuridad es donde mejor se distingue la luz.

No son todos los que pueden alcanzar ese triunfo. ¡Cuántas y cuántas centenas de años pasan sin que un humano ser cruce por la misma senda! Tú has llegado hasta los pies del Maestro; tu oído interno se prepara para oir de sus labios la sagrada revelación, la palabra sagrada que es clave de sabiduría. Pero antes que tu profano oído pueda alcanzar ese don, tienes que renunciar a la vida, al amor humano y al mundo, en fin... ¿Estás preparado para ello?

—Sí—contestó Ernesto con firmeza.

El presidente hizo una señal, pronunció unas palabras inteligibles y el discípulo fué despojado de sus vestidos. Luego le un-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

gieron todo el cuerpo con un bálsamo de agradable perfume, le envolvieron con un lienzo blanco y le colocaron dentro de un féretro en la cima del catafalco.

El vestíbulo quedó a oscuras, y entonces sintió Ernesto como si le oprimiesen el pecho; que las palpitaciones de su corazón eran más aceleradas y que de su carne se desprendía algo así como una evaporación, y, más rápido que el relámpago, pensó:

—Mi alma se despide de este mundo. ¡Adiós, Adorsalva, cómo me voy sin verte! Y derramó, inconsciente, dos lágrimas del más puro y elevado sentimiento. Luego, pasaron por su mente todos los hechos de su vida como si confesara ante sí o ante Dios.

Al principio, Ernesto Fierro se daba cuenta de todas las ceremonias. Aunque no comprendía nada de aquellos ritos, llegó a temer que le enterrasen vivo. Su desesperación fué terrible, hasta que poco a poco fué notando que a la par que iba perdiendo las energías, perdía también el conocimiento. Creyó que moría. No supo el tiempo que estuvo en estado inconsciente; pero el Maestro que le trajera de Sevilla, le acompañaba cuando despertó fuera ya de aquellos lugares, en el mismo sitio en que la roca se abriera para darle entrada en aquella oculta región de misterio. El anciano dio un abrazo fraternal al discípulo y prosiguieron con rumbo a la ciudad taurina.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Durante este retorno por la misma senda, pocas palabras se cruzaron entre ellos. Fierro seguía ignorando todo. Había visto mucho que le impresionara y dejara huellas imborrables en su espíritu, pero nada pudo descubrir. ¿Qué le podría faltar? ¿qué otras penas y sacrificios le impondrían para poner después en sus manos la llave del templo, la palabra sagrada en su oído y todos los secretos en su Yo? En ésto iba pensando, cuando el Maestro hablóle:

—Estamos entrando en Sevilla pintoresca. Contempla de nuevo su despejado cielo, sus parques y jardines de encanto y de ilusión; sus bellas y zalameras mujeres; todo ese conjunto de belleza suma y natural, aunque propia y real ilusión del espíritu en la vida física. Contempla todo ese parto prodigioso de la Naturaleza que al parecer no ha cambiado desde que te alejaste, ha siete días... Pues bien; yo te digo que todo se ha transformado: esas piedras de las calles que ves; esos templos y edificios, jardines y vegas, montañas y hombres, el mar y el cielo, han variado; no son lo mismo que ayer, lo mismo que hace un momento. Todo ha evolucionado en vida ascendente. Y tú, ¡oh, discípulo amado!, tú eres otro hombre... Pero vayamos a tu habitación y descansemos. Allí, ya sereno, reflexionarás sobre la vida que pretendes dejar.

—¡Sí, dejar para siempre!

Llegaron a la habitación. Todas las cosas

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

de Ernesto estaban como las había dejado: el libro abierto sobre la mesa de estudio; un pequeño baul con las llaves pendidas de la cerradura, su indumentaria en la percha... Sólo encontró demás, una carta de Canarias. Era de su madre. Rasgó el sobre y se puso a leerla, mientras el Maestro, sentado en otra mesa, donde los libros estaban a montones, trabajaba ensimismado. Ernesto terminó de leer y miró al Maestro. No le interrumpió. Habría pasado una hora, cuando el sabio levantó la cabeza. Entonces hablóle Fierro:

—Maestro: los sabios cuando trabajan parece que no oyen ni sienten y que han perdido la noción de la existencia de la materia y de todas las actividades humanas.

—Te equivocas. Nosotros pensamos más, mucho más en la materia que todos los que no han podido desligarse de ella. Ambicionamos—y ésto es quizás un absurdo para muchos—espiritualizarla, hacer que evolucione... Pero cuando nuestra mente está ocupada en su trabajo, por insignificante que sea, lo que nos rodea no nos preocupa. Y si tú quieres, joven amigo, hacer con perfección una obra, aislate en ti mismo y pon todas tus fuerzas mentales en ella. De lo contrario, nunca llegarás a la meta ansiada.

—¿Y qué ocupaba tu mente de importancia para estar tan abstraido e inconsciente a todo lo que a tu alrededor pasa?

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

—En ese tiempo sí, estamos como inconscientes; pero luego, nada puede ocultarse a nuestro espíritu. Los pensamientos creados no se disipan tan fácilmente; existen aunque no los veas y cada uno con su color adecuado a su naturaleza; las metamorfosis que sufre un hombre continuamente no se nos ocultan, como tampoco ningún acontecimiento humano. Estaba ocupado en hacer un objeto de existencia antiquísima; y, sin embargo, ahora, te diría cuánto has pensado y hasta podría leer esa carta que tienes en el sobre.

—No ignoro eso, Maestro. Se que poseéis poderes sobrehumanos; pero...

—Sí, hombre, mira...

—¿Un espejo?

—Sí; pero no como los que hasta ahora has visto. Por ese se puede ver lo que se desee.

—¿Es un «espejo mágico»?

—Sí, discípulo. ¿Deseas tú ver algo que creas un imposible?

Ernesto meditó un momento y ya iba a pronunciar un nombre, cuando le dijo el sabio:

—Calla. Ya se qué deseas y vas a verla... Ven, acércate.

Ernesto obedeció y ante el mayor de sus asombros, pudo ver a Adorsalva en su lecho, a cuyo lado dormía un niño. El estudiante tembló a la vez que le invadía inexpresable contento.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

El Maestro se retiró a alguna distancia. Cuando le pareció, dijo al discípulo:

—No te dejes llevar por la fantasía ni dominar por la mente. ¡Ten cuidado! La parte astral inferior de tu ser quiere rebelarse, volver a surgir y tener el dominio que tuvo en un tiempo sobre tu personalidad. Acaba de aplastar la cabeza de la serpiente del deseo, ¡destrúyela, discípulo!

—Tienes razón, Maestro. ¿Y dices que me leerías la carta?

—Sí; pero ahora no, porque ya eso es curiosidad. Es de Canarias, ¿verdad? No las conozco.

—De mi madre.

—¿Te agradaría volver a Tenerife?

—Mucho, Maestro. Es lo único que deseo, la única ambición que quisiera realizar... No sé por qué...

—Prepárate, pues. Yo también lo deseo.

—Pero, Maestro, ¿aún no has vencido el deseo?.

—Sí, Ernesto; pero en esta vida nuestra, los deseos son distintos. Es el goce espiritual de poder lanzar nuestras «corrientes mentales» en bien de los demás. No es el goce de ver ni de palpar la materia, sino de hacer por que todos la conozcan y puedan un día, después de adquirir la suficiente experiencia, desprenderse de ella cual nosotros y amar por igual a todos los seres; pues cuando el hombre ha llegado a no poder limitar el amor en una mujer, en una

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

familia, es cuando realmente ama. Lo demás... es mera ilusión que la disipa el tiempo; es sentimiento material, al fin, que sólo sirve para ayudar a evolucionar a los que ignoran la Gran Ley. Pero no por eso, amigo Ernesto, hemos de despreciar esas *manifestaciones* del Amor que está en todo, por que Dios en la Naturaleza está.

—Filosofía que me agrada; pero, vamos al grano, Maestro. ¿Vamos o no a Canarias?

—Sí; tengo una misión y ésta es una buena oportunidad. ¿Deseas despedirte de tus peñas?

—¡No se, Maestro, no se... Pero quiero ir, sí...

. . . . . .

A los cuatro días, Ernesto Fierro acompañado de su Maestro, desembarcaba de incógnito en Santa Cruz de Tenerife. La pena impuesta al discípulo era la de no descubrirse a nadie: ¡ni a su familia! Tenían que recorrer ciertos lugares de Tenerife, donde el Maestro, según Fierro, había de recojer unos manuscritos ocultados por los guanches cuando la conquista.

Se hospedaron en un hotel y al otro día, en «auto», salieron para el norte de la isla. Al pasar por Garachico, Ernesto dijo al Maestro:

—Este es mi amado pueblo. Estas rocas viéronme nacer. En esas plazas, yo jugaba con mis camaradas. En la calle de San Se-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

bastián, allí, vive mi familia... ¡Y no la puedo ver!

—Sí la puedes ver, amigo,—díjole el sabio—pero ya sabes lo que te he dicho.

—Está bien; sigamos... Yo no pretendo destruir la obra; yo he de triunfar...

El Maestro no pronunció una palabra; y después de dos días de recorrido por los lugares que les interesaban, regresaron a Santa Cruz.

Ernesto luchaba consigo mismo. Ya no podía más. El deseo de ver a sus familiares y, sobre todo, a su amada Adorsalva, le aguijoneaba... Sin embargo, aquella noche se acostó a la misma hora que lo hiciera su compañero: a las nueve.

. . . . . .

¡Estar en Canarias y amar a una hija del Teide y pasar desconocido por sus propios lares! ¿Puede suceder eso?

El estudiante había pasado por la calle de la Carrera, donde sus amores se cristalizaron y se engendró carne de su carne; cruzado por la calle de sus amores donde llorara y sufriera junto a Adorsalva que le amaba.

Y todos esos pensamientos se agolpaban en su mente; todo ese torbellino de dulce fantasía caldearon su cabeza joven, y, sin oponerse al impulso de sus sentimientos, saltó del lecho y en un santiamén vistióse y salió a la calle. El reloj del Gobierno ci-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

vil marcaba las once. Se dirigió a la parada de automóviles y ordenó que le condujeran a una casa de la calle de Jesús de Nazaret.

El amor había vencido. Y Ernesto, entrando en la casa de su amada, perdía la victoria que le esperaba en el templo de Minerva. Al otro día, a las ocho de la mañana, el Maestro se dijo:

—¡Todo se ha perdido!... ¡Oh, sublime amor de criatura, amor más fuerte que el fuego hirviente del tinerfeño Teide! Si en estos lares milenarios así se ama, ¡¡bendito mil veces sea el amor de los canarios!!

. . . . . .

Ernesto regresó al hotel a las doce del día. Su Maestro había desaparecido; pero él, triste, con la honda tristeza del que fracasa en el amor, y sin consuelo, embarcó en un trasatlántico que iba directo a Lisboa. No podía ir a la casa de sus padres, ¿qué iba a decirles?

Y el pobre estudiante, obsesionado por su elemental de amor que le venía acechando, perdió la felicidad espiritual que le brindaba la Sabiduría, para sufrir una vez más el desengaño cruel y asesino que el Karma le reservara.

Y lo que no pudieron alcanzar el hambre, el agua, el fuego, el dinero y los placeres y la muerte, fué obra que el amor—serpiente tentadora, gran serpiente simbólica del pecado—realizó en unas horas de in-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

finita dulcedumbre, de ensoñación y de sublime locura.

Las flores mustias, las bellas flores del cariño y del recuerdo, tornaron a brotar latífloras, con la blancura inmaculada y el rojo encendido de un gran corazón...

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

CAPITULO XIII

Como el huracán con el mísero polvo de la tierra y las nubes invernales y las secas hojas de los árboles, el tiempo juega con el hombre que no supo elevarse a un plano desde el cual podía tener bajo su poder espiritual, la ley-destino y encauzar conscientemente por un sendero conocido sus hechos y su vida...

Sucumbir y triunfar en las actividades cotidianas, ¿qué significa? El fracaso, como el triunfo, depende solamente de una predestinación creada por nosotros mismos. No es la desgracia ni la suerte, sino el fruto de una mala y buena semilla que nuestras manos pecadoras lanzara al surco de esta vida de dolor que sólo el sacrificio puede endulzar...

En el vaivén de los años, seremos cual la hoja inconsciente que ignora su principio y su fin, mientras el hombre no diga como el filósofo: «Yo pienso, luego existo.»

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Nadie sabe qué es hasta que no se *encuentra* así mismo... Y si ésto es una verdad, ¿quién es el que se atreve a juzgar al que se ignora, quién a castigar al inconsciente?

¿Quién se atreve a juzgar a Adorsalva, víctima de su destino que hizo naciera entre los hombres en una época de ambición y de placer, en que el falso brillar que ciega es nuestro dueño y señor?

Esclava del oro de un hombre, Adorsalva se consumía en silencio, sin que el amor que le abrazara pudiera redimirle.

Ernesto Fierro tenía razón. El sentimiento podía arrastrarla al sacrificio, al heroismo; pero... ¿y su hijo? ¿y aquél otro que floreció por el amor en sus entrañas, y su familia que dependía de su carne?

Todo ésto lo reflexionó ella estando sola. No podía, no, desprenderse de don Gaspar. Había que vivir sangrando el corazón y ocultar el íntimo sentimiento en lo más recóndito del alma. ¡Y ésto si era morir lentamente o vivir estando sepultada!...

Ella no supo más de su amado después de aquella noche en que inesperadamente se presentó a ella. Ernesto, más desengañado que nunca y casi dueño de sí mismo, no quiso volver a Canarias hasta no terminar sus estudios. Y a su regreso, por más que hizo lo indecible por encontrar a su amada, no dió con huella alguna que le pusiera en su camino.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Durante ese tiempo, Adorsalva pasó por un sinnúmero de transiciones. Primeramente, dió a los hombres otro inocente por culpa o razón del amor, inocente en quien se cometía otro crimen, al darle una vida alimentada por impurezas mil; inocente que, apenas balbuceara, llamó padre a don Gaspar, siendo hijo del amor primero de Adorsalva, de su virginidad espiritual.

Luego, don Gaspar se cansó de su vida donjuanesca, ya por su desgaste físico y sus muchos años, ya por los negocios que no rendían las fabulosas sumas de otros tiempos, ora por que aquel cariño que pusiera a Adorsalva y que creía era amor fué enfriándose hasta el punto de no volver más por aquellos umbrales.

¡Oh, humana crueldad!, si la justicia de los hombres fuese cierta, ¿qué castigo merece el que abandona en el lodo a una mujer-madre de cuyas entrañas nació un hijo? Imperfección, Imperfección, ¿qué castigo lanzas al hombre que esclaviza por el oro y destroza los hogares y sólo hambre y miseria dona a sus víctimas?

. . . . . .

. . . . . .

La maldad de los hombres cayó implacable sobre Adorsalva... Doña Angela vagaba por esos barrios de fango y podredumbre, inhospitalarios, tocando de puerta en puerta, llena de harapos, huesuda y encorvada... Ya no era aquella mujer insana

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

y maldiciente, ni tampoco la bonachona generosa. En su rostro se veía algo más que dolor y miseria: ¡se veía remordimiento y odio a sí misma!

Miradla: un día, entrada ya la noche, regresaba a su oscura mansión. Todos se apartan. Hasta el más infeliz teme contaminarse ante el espectro asqueroso que presenta su figura. Ni una mano amiga, ni una palabra sentimental de bondad. A fuerza de arrastrarse y de lanzar quejas y gemidos, pudo reunir en la mugrienta falda, unos trozos de pan que quizás sobraron en la mesa de algún prostíbulo. Los lleva para sus nietecillos inocentes que lloran, hambrientos, en torno al lecho de su hija Adorsalva, a quien consume una terrible enfermedad.

Fijáos: se arrastra cada vez más; sus descarnadas piernas flaquean, está cansada... Y tambalea y gime... ¡Ah!... se ha caído, ahí, cerca del puente, al lado de la puerta del Hospital Civil!...

Un hombre que sale de esta institución, ayudado por otros, se detiene, corre hacia ella y la ayuda... Es un hombre fuerte, arrogante y viste de negro. La observa, la estremece, le habla...; pero nada, ella no siente, está adormecida por el golpe o quizás extenuada por el hambre... Y aquel buen hombre, médico del Hospital, la transportó hasta su «auto», con el fin de llevarla a su casa...

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

—¿Dónde vive, buena mujer?

Sin fuerzas para hablar, balbuceó la agonizante:

—Allá... con mi hija.

—¿Dónde, en que calle?, ¿Dónde vive su hija? ¿Cómo se llama?...

—Adorsalva... vive en la calle...

—¿Adorsalva!..· ¿Adorsalva?—volvióla a preguntar visiblemente sorprendido.

—Sí, señor...

. . . . . .

Y el «auto» partió hacia la calle cuyo nombre sólo el chófer pudo oir.

Cuando el «auto» llegó a la puerta de la buhardilla, un niño de cabellos rubios y de ojos azules, pero escuálido y anémico, estaba sentado a la entrada... Se levantó al ver a doña Angela y gritó con alegría:

—¡Abuela!, ¡abuelita!...

Los que acompañaban al doctor ayudaron a descender a la anciana mientras el médico entró rápidamente hasta el lecho de Adorsalva que parecia llamarle con su respiración agónica y cansada... Allí, en la misma habitación, encontró otro inocente que jugaba en el suelo...

. . . . . .

El lector, habrá conocido en el médico al joven estudiante Ernesto Fierro, que, al oir de los labios de doña Angela el nombre de Adorsalva, brotó, mejor dicho, renació, rápido como el relámpago, en su corazón, aquel su amor primero que aún lloraba...

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Como cuerpo sin vida se arrodilló ante el lecho de la enferma, tomando sus descarnadas manos entre las suyas y pronunciando entre sollozos y besos el dulce nombre de su amada.

—¡¡Adorsalva, Adorsalva!!

—¡Oh, Ernesto!—clamó ella agonizante. —Y un suspiro se escapó de su pecho, suspiro que por lo hondo fué como un lamento desesperado, impotente y frío que desgarraba el corazón. Hizo luego un esfuerzo e inclinó sus labios sobre la cabeza de Fierro. Así permanecieron largo rato, en una dulce actitud, en diálogo divino, que fué interrumpido por un niño que llamara:

—Mamá, mamá, ¿quién es ese?

—El médico, hijo.

—¿Por qué llora?—y se aproximó a su madre.

Ernesto y Adorsalva se miraron.

—Vete, anda, sigue jugando,—dijo Adorsalva al niño.

—No, ven,—repuso Fierro. Y le sentó sobre sus rodillas.

—Estoy mala, Ernesto. ¡Cómo me encuentras!

—Anímate, yo vengo a curarte.

—Es tarde... ¡ay!... no puedo sostenerme.

—Ten fe en Dios, en mí...

—No, no; ya es tarde...

—Yo te salvaré, ten confianza... Hazlo por mí, por nuestro amor...

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

—¿Me quieres aún? También así, enferma?

—Sí, siempre... Y aún perdida la esperanza y creyéndote muerta, seguiría queriéndote con todas las energías de mi alma...

—¡Cuánto te agradezco todo ésto!

—No te olvidé nunca, no. He vivido siempre cerca de tí, porque jamás mi pensamiento dejó tu imagen... ¿Cómo olvidarte?... Tú fuiste mi única novia...; en tus ojos ví el cielo, en ellos se recreó mi espíritu. En tus labios, los míos probaron las dulzuras fugitivas de nuestro sublime amor...

—¡Ay, ay, Ernesto! Yo también te quise, te quiero mucho... Créeme, créeme... Te quiero mucho... En mi corazón no existió otro hombre... Perdóname, yo no quise hacerte sufrir; yo no pude hacer más!... Aquel hombre, «el otro», me abandonó, me mató de hambre... ¡Y ya ves, me encuentras en la tumba! Créeme, Ernesto, mi amor para tí era puro, puro... Créeme... ¿Tú me crees?

—Sí, sí—díjola sollozando—. Si te creo. ¿Por qué no creerte en esta hora bendita? Hoy más que nunca nos queremos: mi corazón latía por tí; hoy me encuentro... feliz no, porque no te he recuperado; pero he visto otra vez el cielo al encontrarte.

—Es tarde... Yo muero, me siento morir...

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

—No, tú no morirás. Dios no lo permite. Yo no quiero que mueras, no, no...

—Es que no puedo... ¡Ay, Ernesto, cómo me voy para siempre!... ¡Cuánto he sufrido! Pero Dios me ha oído, me ha perdonado, sí, me ha perdonado y muero contenta... Sí; estoy contenta... ¡Si tú supieras!

—Dime, dime lo que quieras, Dios nos ha perdonado a todos...

—Sí; a mí, que te hice sufrir...

—Y a mí que te hice conocer el amor y que por él lloraste... Pero, dime...

Un golpe de tos interrumpió el idilio sagrado que a las puertas del sepulcro o en el umbral del más allá, había comenzado la mártir Adorsalva.

Ernesto, soltando el niño que seguía en sus brazos, sacó de uno de sus bolsillos un frasco y lo dió a oler a su amada, la que volvió en sí. El esfuerzo que hacía Adorsalva por hablar con Fierro era más espiritual que físico. Su organismo, completamente desgastado, estaba inmóvil, petrificado casi. Y sacando fuerzas sobrehumanas, comenzó a balbucear agónicamente, como quien habla con la garganta, con voz tenue, apagada...

—¡Adiós, Ernesto; bésame, bésame por última vez!...

—¡Oh, ésto no puede ser!... No mueras, Adorsalva. ¡Adorsalva, Adorsalva!

—¡Bésame, Ernesto, bésame!

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Fierro se inclinó, besando a su amada entre un silencio de muerte que enfriaba el corazón.

—Adiós, Ernesto... Oyeme... en una... caja... guardo... una imagen... de cera... Ella... te dirá... mi historia... por ella... me... escla..vi...za...ron. Ese niño... es tu... hijo... Créeme... es tu... hijo... tuyo, tuyo...

—¿Cómo?—Y abrazando al inocente:—¡Hijo mío!

Los ojos de Adorsalva relampaguearon desde las profundidades de su ser, y contempló su alma el momento más feliz de su existencia: Ernesto abrazaba a su hijo, emocionado...

Fué una escena ingrata y desgarrante, cruel... Todo parecía destilar amargas lágrimas en aquel eterno, imborrable y fúnebre momento, en que, el ocaso de una mártir, dejaba a un hombre bueno con herida incurable en el alma y desierto de esperanza, para vivir en la vida cual un muerto animado...

Y radiante y plena de gracia infinita, con esa energía sutil del espíritu, Adorsalva dejó el planeta de las amarguras y expiaciones, acompañada quizás por los ángeles cuyos cánticos celestes y divina música insonora, eran no más que una ofrenda a la que renunciara en esta vida a todas las dulzuras de los ensueños de juventud y clavara, heróica, a su plena y vivida

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

fantasía, el puñal maldito que en su mano de inocente puso el mundo. ¡No más que una merecida ofrenda espiritual a la que, dejando de ser la diáfana náyade de la ilusión para ser la mujer hermosa inmolada en fango, rasgó el azul de los cielos en el carro triunfal del Sacrificio que es Amor.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Dal documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

JUICIO DE UN LECTOR

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Juicio de un lector

A otro con más suficiencia y más prestigio literario pudo el amigo Béthencourt Padilla haber recurrido para que le enjuiciara su novela «La efigie de cera». Y digo que a otro y no a mí, porque con ello hubiera ido ganando un ciento por ciento, en orden a que la suspicacia y la mala intención tengo por seguro que han de oscurecer, con su vesanía y su osadía, lo que yo pudiera decir, serena e imparcialmente, en cuanto a esta obra, bien llamada de «amor y de misterio».

Mas así lo ha querido la modestia del novel escritor, y no he de ser yo quien ponga reparos, siquiera, a un deseo tan justificado, habida cuenta que es su primera producción, el primer libro que, como paladín de quiméricos ensueños e ilusiones y adalid de las buenas causas, lanza al palenque de las letras, abierto el corazón a las más sanas idealidades de la vida.

¡Escribir una novela! ¡Escribir una primera novela!... Para quien de veras sepa sen-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

tir y amar; para quien de veras conozca la embriaguez de esas horas de trabajo silencioso y meditativo; para quien de veras sepa de esa música que halaga y fortalece el espíritu, es tarea ajena a toda rudeza y a todo esfuerzo; mas si la obra no la dicta el corazón ni la inspira el sentimiento, entonces, entonces la labor resulta, además de monótona, pesada.

Cuando a nuestra alma los destellos diáfanos de la inspiración acuden; cuando el poder misterioso de Euterpe toca a nuestras fibras; cuando Ensueño nos presta sus alas de rosa, no falta al artista inspiración para la concepción de buenas, de bellas obras, siéndole dado vagar por los encantados jardines de las Quimeras donde Afrodita y Minerva le envuelven en su manto de púrpura oriental.

Béthencourt Padilla es de los que poseen un gran temperamento artístico. Su novela, «La efigie de cera»—novela que el amigo ha vivido, que tiene de su alma y su vida los trozos de mayor intensidad—nos revela el inmenso caudal de sentimiento que atesora, caudal de sentimiento que viene a ser como agua pura contenida en cántaro de Samaritana.

Campea en esta novela el estilo más correcto, sin llegar a amaneramientos cursis y

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

menos aún al decir ridículo de quienes, por el afán de modernizarlo todo, han dado en «inventar» una prosa que más bien se acerca a la necedad y a la presunción que al buen hablar castellano.

El autor de «La efigie de cera» tiene una percepción exacta de los seres y las cosas. La vida no le ha ocultado sus grandes e íntimos secretos. Y así sabe del dolor. Y sabe del engaño y la falsía, y de la carroña que tiende, a manera de tentáculos, sus púas afiladas...

Béthencourt Padilla está enamorado de su novela, de igual manera que un muchacho pudiera enamorarse de su primera novia, de un primer amor. Tienen esas páginas para el compañero el poder sugestivo de lo que bulle, de lo que tiene vida y palpita como un grande corazón. Son un destello del amor humano, de ese amor humano con irradiaciones del amor divino.

Es para él, sin duda—y esto lo encuentro yo muy digno y muy loable—el orgullo más íntimo, su más sana satisfacción. Suya, solamente suya es esa obra. Los materiales él solo se los ha procurado, él solo los ha acarreado y él solo los ha ido colocando uno tras otro, sin cansancio, con la fe y la perseverancia de un viejo ermitaño franciscano,

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

que, pensando en el cielo y en la gloria, por ellos viviera y con ellos soñara.

«La efigie de cera» es una novela de emoción e interés. Sus páginas están muy bien meditadas y su trama desenvuelta con toda inteligencia y acierto.

Sin embargo—no me es desconocido el ambiente—es muy posible que Béthencourt, como tantos otros a quienes la alta crítica no ha puesto la sobrepelliz, no escape a esa jauría de críticos de esquina, dispuestos siempre, como perros de Maufaucón, a caer a dentelladas o a emponzoñar toda obra buena...

Creo yo que ha llegado el momento de compulsar valores, de que la crítica no se limite a unos pocos, de que honradamente se justiprecie la labor de los «grandes» y de los «pequeños», de los «consagrados», por obra y gracia de la «Madre Celestina» y de los que empiezan llena el alma de ilusiones y anhelos nobilísimos.

La obra de Béthencourt Padilla es un trozo tangible de las realidades de este vivir en que unos y otros nos agitamos ciega y neciamente. Es un flujo y reflujo en ese mar inmenso de las pasiones, en que todo se corrompe, prostituído por la gran bestia humana... Celestinas del placer, donjuanes de osada petulancia, estudiantes de sana idea-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

lidad; niñas que la desgracia prostituye y a las que el amor redime... Como en retablo de un Maese Pedro desfilan estas figuras, retocadas de la mejor manera, por las páginas de esta—nuevamente lo repito—bien llamada «novela de amor y de misterio».

Para los que piensen alto, para los que lleven el corazón abierto a toda justicia y a toda sana ideología, «La efigie de cera» ha de encontrar una favorable acogida, y más aún ha de sentirse la necesidad de su lectura a medida que el buen sentir y sano entender enjuicie a los protagonistas.

Y nada más. La crítica autorizada, es ahora la que, procediendo en justicia, está obligada a puntualizar, a aquilatar los méritos de esta bella obra, de esta «novela de amor y de misterio»...

Atilano Santos.

Tenerife.-Octubre, 1926.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

SE TERMINÓ
DE IMPRIMIR EN
LA IMPRENTA DE
J. BÉTHENCOURT PADILLA
EL DIA 27
DE OCTUBRE
DEL AÑO DE 1926.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009